

CR.CASS

Entre sombras y Estrellas



AS
looks

ENTRE SOMBRAS Y ESTRELLAS

CR.CASS

AS.BOOKS



Copyright © 2026 CR,CASS

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter

Library of Congress Control Number: 2018675309

Printed in the United States of America

Para mi pequeña arcoíris.

*Gracias por llegar a mi vida y
darme el título de mamá.*

ENTRE SOMBRAS Y ESTRELLAS

CR.CASS

CAPÍTULO 1: EL AZUL NO ES MI COLOR (NI EL DE NADIE TRAS OCHO HORAS)

Mi vida se resume en tres palabras: azul, prisa y calcetines.

El azul es por el uniforme del Primark de Gran Vía, ese tono que no favorece ni a un ángel de Victoria's Secret. La prisa es la que llevo siempre para no perder el metro en Tribunal. Y los calcetines... bueno, digamos que si tengo que doblar un solo pack más de dibujos de aguacates hoy, voy a tener pesadillas verdes.

Trabajar aquí es como participar en *Los Juegos del Hambre*, pero con más purpurina y menos arcos. Mi jornada es un desfile interminable de turistas preguntando por las tazas de Chip y adolescentes probándose media tienda para luego dejarlo todo hecho una bola en el probador cuatro.

—Elena, cielo, si vuelves a mirar el reloj, el tiempo va a retroceder solo por llevarte la contraria —me suelta Marta, mi compañera, mientras pasa una percha vacía con una agilidad que envidio profundamente.

—Es que hoy no es un día normal, Marta. Hoy es el día en que mis pies han decidido independizarse de mi cuerpo. Siento que camino sobre piezas de Lego.

Cuando por fin el reloj marca la hora de salida, salgo de allí con el mismo entusiasmo con el que un náufrago ve tierra firme. Me quito el chaleco, me suelto el moño y dejo que el aire de Madrid me golpee la cara. Gran Vía es un hormiguero de luces, taxis pitando y gente que siempre parece tener un lugar más interesante al que ir que yo.

Bajo por la calle Salud, buscando el atajo hacia Malasaña. Solo quiero llegar a mi piso compartido, saludar a mi planta (que está más muerta que viva, pobre *Poti*) y pedir una pizza de esas que te arrepientes de haber pedido a la tercera porción.

Estoy a punto de cruzar una callecita estrecha cuando un coche negro frena en seco frente a mí, haciendo que el olor a neumático quemado se me meta por la nariz. Me quedo paralizada. ¿Pero de qué va este tío?

—¡Oye! ¡Pedazo de animal! ¡Que casi me dejas como una calcomanía! —grito, dándole un manotazo al aire.

La puerta trasera se abre de golpe y, antes de que el coche termine de detenerse del todo, un tío sale disparado. El coche, lejos de esperar, arranca a toda pastilla dejando un rastro de humo y dejándolo a él ahí plantado. Es una huida en toda regla.

El tipo es un torbellino de cuero y perfume caro que se abalanza sobre mí. Antes de que pueda procesar nada, siento una mano firme en mi brazo y otra en mi hombro que me empujan sin miramientos hacia la penumbra de un portal cercano.

—¡Eh! ¡Suéltame ahora mismo o te juro que te reviento el móvil en la cabeza! —el grito me sale desde las entrañas.

Aprieto mi bolso contra el pecho, lista para usarlo como arma arrojadiza. Mi corazón va a mil por hora. Estoy a punto de soltarle un rodillazo donde más le duela, pero él se pega a mí, invadiendo mi espacio personal de una forma que debería ser ilegal. Me tiene acorralada contra el metal frío de la puerta.

—Shhh, por favor. Solo... quédate así un segundo. Haz como si me conocieras —susurra de forma atropellada.

Su voz es como chocolate fundido, pero ahora mismo solo me suena a "psicópata de película de tarde".

—¡Que me sueltes, loco! —le siseo, tratando de zafarme con un empujón que apenas lo mueve un centímetro. Es como empujar una pared de mármol—. ¿De qué vas? ¡Me has asustado de muerte! ¿Y ese coche? ¿Te acaban de tirar a la basura o qué?

Estoy a un segundo de morderle la mano cuando levanto la vista y me quedo muda. Sus ojos están a escasos centímetros de los míos. Unos ojos oscuros, cargados de un pánico que parece real. Y entonces, el cortocircuito cerebral. El lunar junto a la ceja. Esa mandíbula.

Es él. Es el puñetero Hugo Valente.

—¿Hugo...? —el nombre me sale en un hilo de voz.

—No grites, por favor —suplica él, mirando por encima de su hombro hacia la esquina de Gran Vía, donde un grupo de chicas con móviles empieza a correr hacia nosotros—. Mi mánager se ha vuelto

loco, el chófer ha entrado en pánico y yo solo... necesitaba bajarme. Necesitaba aire. Ayúdame, por favor. No sé ni dónde estoy.

Lo miro de arriba abajo. Yo ya no llevo el uniforme, voy con mis vaqueros desgastados y una camiseta básica de algodón, pero él me mira como si fuera su única balsa de salvamento en medio del océano.

—Vale, "Estrellita" —le digo, recuperando el aire y la dignidad a duras penas—. Me has dado el susto de mi vida y tu entrada triunfal ha sido de película de serie B, así que prepárate, porque esto te va a salir muy caro. Sígueme y no digas ni mu.

—¿Cómo te llamas? —pregunta él mientras echamos a andar a paso ligero por el callejón.

—Elena. Y tú eres el tío que casi me provoca un infarto. Vamos, muévete.

CAPÍTULO 2: CALAMARES, CONFESIONES Y UN SÁNDWICH DE PENA

Caminamos por las callejuelas de Malasaña a un ritmo que rozaría el salto de valla olímpico si no fuera porque mis pies, que a estas alturas tienen vida propia y están planeando una huelga, me piden clemencia. Madrid a esta hora es un caos precioso: el olor a asfalto mojado por los camiones de limpieza, el eco de los tacones contra el suelo irregular y ese murmullo constante de una ciudad que nunca sabe cuándo irse a dormir.

—Aquí —digo, señalando una puerta de madera desconchada que ha visto tiempos mejores, allá por la Movida—. Entra y no atraigas la atención.

El bar se llama "El Brillante de la Esquina", pero de brillante solo tiene el nombre y la pátina de grasa que recubre la campana extractora desde el Mundial del 82. El aire aquí dentro es denso, huele a calamares fritos, a café torrefacto y a ese desinfectante de pino que intenta, sin éxito, ocultarlo todo. Es el refugio perfecto. Aquí los clientes habituales son señores que leen el marca como si fuera la Biblia y no levantarían la cabeza ni aunque entrara la mismísima Reina de Inglaterra.

Nos metemos en un reservado al fondo. Los asientos son de escay rojo, rajados en las esquinas y remendados con cinta aislante negra. Hugo se quita la gorra y se pasa la mano por el pelo. Es un gesto lento, casi cansado. Bajo los fluorescentes parpadeantes del bar, me doy cuenta de que no es solo guapo de cartel publicitario; tiene unas ojeras sutiles que le dan un aire humano, casi frágil.

—Dios, gracias —suspira, y su voz resuena en el pequeño cubículo como una nota de violonchelo—. Creo que es la primera vez en tres semanas que no escucho mi nombre gritado a pleno pulmón.

—Bienvenido a la realidad, Estrellita —le digo, dejando mi bolso sobre la mesa pegajosa—. Aquí nadie te va a pedir un autógrafo, básicamente porque Paco, el camarero, cree que el cine se acabó con Paco Martínez Soria.

Me mira con una intensidad que me hace removerme en el asiento. Sus ojos son del color del café solo, oscuros y profundos, con unas motas doradas que no salen en las fotos de las revistas. Siento un cosquilleo en el estómago que no tiene nada que ver con el hambre.

—¿Elena, verdad? —pregunta, apoyando los codos en la mesa. Sus dedos son largos, de esos que parecen hechos para tocar el piano o... bueno, para cosas mejores.

—La misma. La chica que casi atropellas y que ahora está compartiendo su santuario de paz contigo.

Saco de mi bolso el sándwich mixto que compré a media mañana. Está envuelto en papel de aluminio, aplastado por el peso de mi cartera y tiene un aspecto bastante lamentable. Lo pongo sobre la mesa con la dignidad de quien sirve un banquete en el Palacio Real.

—¿Quieres la mitad? —le ofrezco—. Está un poco triste, como el final de una peli de domingo, pero el jamón es del bueno.

Hugo mira el sándwich y luego me mira a mí. De pronto, suelta una carcajada. No es una risa de alfombra roja, ensayada y perfecta. Es una risa de verdad, de las que te arrugan los ojos y te hacen parecer un niño travieso.

—Es el mejor banquete que me han ofrecido en meses —dice, agarrando su mitad.

Comemos en un silencio que, para mi sorpresa, no resulta incómodo. Observo cómo se relaja, cómo sus hombros bajan un par de centímetros. El gran Hugo Valente, el hombre por el que media España suspira, está comiendo un sándwich pocho en un bar que huele a fritanga conmigo, una chica que tiene los dedos manchados de tinta de las alarmas de la ropa.

—¿Sabes qué es lo más difícil de todo esto? —dice de pronto, limpiándose una miga de la comisura de los labios con el pulgar. Yo sigo el movimiento con la vista, hipnotizada—. Que todo el mundo espera que sea el personaje. Quieren al héroe, al amante perfecto, al tío que siempre tiene la frase adecuada.

—Y tú solo quieres ser el tío que se come un sándwich sin que le juzguen el encuadre de la foto —concluyo por él.

Él asiente, y por un momento, la conexión entre nosotros es tan real que casi puedo tocarla. Es como si Madrid se hubiera detenido fuera de esa puerta.

—Exacto. ¿Y tú? —se inclina hacia delante, invadiendo mi espacio personal de nuevo, pero esta vez no tengo ganas de darle un

bolsazo—. ¿Quién eres tú, Elena? Aparte de mi salvadora con mal genio.

Justo cuando voy a inventarme alguna respuesta ingeniosa que oculte que mi vida es un bucle de perchas y facturas, su móvil vibra sobre la mesa. El nombre en la pantalla brilla con una luz blanca y fría: "Mánager - NO COGER".

La burbuja estalla. Hugo mira el teléfono como si fuera una granada a punto de explotar.

CAPÍTULO 3: EL CONTRATO DE LAS TRES CONDICIONES

La luz blanca del móvil sigue parpadeando sobre la mesa, proyectando sombras alargadas sobre la cara de Hugo. Es una llamada que grita "responsabilidad", "contratos" y "obligaciones", todo eso de lo que él parece estar huyendo a zancadas.

Él no lo coge. Simplemente le da la vuelta al dispositivo, dejando que la pantalla muera contra la madera pegajosa del bar.

—Si respondo —dice, y su voz suena ahora más ronca, más íntima—, la carroza se convierte en calabaza. Aparecerá una furgoneta negra con cristales tintados, me meterán dentro y mañana estaré en un set de rodaje a las seis de la mañana fingiendo que soy alguien que no soy.

Siento un pinchazo de empatía justo debajo de las costillas. Yo me quejo de las rebajas y de los clientes que dejan los probadores como si hubiera pasado un huracán, pero al menos, cuando cruzo la puerta del trabajo, soy libre. Nadie espera nada de Elena. Soy dueña de mis fracasos y de mis pizzas recalentadas.

—Vale, hagamos un pacto —suelto sin pensar. Mi boca y mi cerebro no siempre van en el mismo tren, y el mío suele ir en el AVE

—. No contestes. Pero a cambio, tienes que hacerme un favor. O mejor dicho, pagarme el rescate.

Hugo enarca una ceja. Es una ceja perfecta, por cierto. Todo en él tiene una simetría que resulta casi insultante para el resto de los mortales.

—¿Un favor? ¿La salvadora del sándwich quiere cobrar su recompensa? —pregunta con una media sonrisa que me acelera el pulso.

—Mañana es mi día libre. Y estoy hasta el moño de pasarlo viendo cómo crece el polvo en mi estantería o fingiendo que mi planta sigue viva. Llévame a algún sitio donde no haya carteles con tu cara. Un sitio de "gente de verdad". Enséñame que no eres solo un producto de marketing con un pelo estupendo.

Él se queda pensativo, tamborileando los dedos sobre la escay roja. De repente, sus ojos brillan con una chispa peligrosa, una mezcla de travesura y desafío que me hace sospechar que me he metido en un jardín importante.

—Hecho. Pero con tres condiciones, Elena.

—Dime, Spielberg. Soy todo oídos.

—Uno: nada de móviles. Si nos pillan, que sea porque hemos tenido mala suerte, no porque hayamos subido un *story*. —Asiento. Me parece de lo más sensato—. Dos: tú eliges dónde comemos, pero yo elijo el transporte. —Aquí dudo un segundo, imaginando un helicóptero aterrizando en la Plaza de la Luna, pero termino aceptando con un gesto de mano—. Y tres...

Se inclina tanto hacia delante que puedo oler las notas de madera y sándalo de su colonia. Es un olor limpio, caro, que contrasta de forma salvaje con el aroma a fritanga del bar. Su rostro está tan cerca que puedo ver el brillo de sus pupilas.

—Tres: tienes que dejar de mirarme como si fuera un póster y empezar a mirarme como si fuera... yo. Hugo. El tío que casi te atropella. Sin filtros. Sin guiones.

Siento que el calor me sube por el cuello, dibujando manchas rojas que mi madre siempre dice que me delatan cuando estoy nerviosa.

—Trato hecho, Valente —le digo, tratando de que mi voz no tiemble ni un poquito—. Pero como me lleves a un sitio donde la ensalada cueste veinte euros o donde haya que llevar corbata, te hago doblar sábanas bajas en la sección de hogar durante ocho horas. Eso es el verdadero infierno, créeme.

Él suelta una carcajada, una de esas que nacen del estómago y que me hace pensar que, tal vez, solo tal vez, debajo de todo ese cuero y fama, hay alguien que merece mucho la pena conocer.

—Mañana a las diez, Elena. En la puerta de este mismo bar. Y prepárate, porque vamos a quemar Madrid.

CAPÍTULO 4: CASCOS, CURVAS Y UN MADRID QUE NO SALE EN EL HOLA

A las diez en punto estoy frente a la puerta de "El Brillante de la Esquina". He pasado la noche dando vueltas en la cama, peleándome con la sábana y preguntándome si Hugo Valente es de los que cumplen su palabra o de los que se olvidan de ti en cuanto se suben a un coche con aire acondicionado.

Llevo mis vaqueros favoritos, esos que me hacen sentir que puedo conquistar el mundo (o al menos sobrevivir a él), una cazadora vaquera y mi mochila de siempre. El bar está cerrado a esta hora, con el cierre metálico echado y ese aire de resaca que tienen los sitios que viven de noche.

De pronto, una moto de estilo retro, de un color verde inglés precioso, se detiene frente a mí. El motor ruge con una elegancia que nada tiene que ver con los repartidores de comida. El motorista lleva una cazadora de cuero negro y un casco integral que oculta su rostro, pero reconozco esa forma de sentarse. Esa seguridad.

Se levanta la visera y unos ojos oscuros me lanzan un destello de diversión.

—Puntual. Me gusta —dice Hugo. Su voz, filtrada por el casco, suena aún más profunda—. Sube, Elena. Tenemos un trato que cumplir.

Me quedo mirando el asiento trasero de la moto como si fuera un potro de tortura.

—¿En eso? ¿Pretendes que me suba ahí y me aferre a ti como si mi vida dependiera de ello? —pregunto, aunque mi corazón ya está dando saltos de alegría (y de pánico).

—Es el transporte que he elegido. Condición número dos, ¿recuerdas? —Me tiende un segundo casco—. Tranquila, no muerdo. A menos que me lo pidas por guion.

Le lanzo una mirada asesina mientras me encajo el casco, que huele a él, a ese perfume de sándalo y libertad que debería estar prohibido por la OMS. Me subo a la moto y, por puro instinto de supervivencia, le rodeo la cintura con los brazos. Sus abdominales están ahí, firmes bajo el cuero, y siento un latigazo de calor que me recorre la columna.

—Agárrate fuerte —murmura.

Arranca y Madrid se convierte en un borrón de colores. Cruzamos el centro esquivando taxis y turistas, el viento nos golpea la cara y yo aprieto las manos contra su pecho, sintiendo el latido de su corazón a través de la chaqueta. No nos dirigimos a la Moraleja ni a un hotel de cinco estrellas. Bajamos hacia Embajadores.

Aparca cerca del Mercado de San Fernando, en pleno Lavapiés. Es un sitio ruidoso, multicultural y lleno de vida real. Nada de alfombras rojas.

—¿El mercado? —pregunto mientras me quito el casco y trato de arreglarme el pelo, que ahora parece un nido de cigüeña—. Arriesgado, Valente. Aquí hay gente joven que ve mucha tele.

—Por eso llevo esto —se pone unas gafas de sol de pasta negra y una gorra de lana calada hasta las cejas. Sigue pareciendo un modelo, pero al menos no es "El Hugo Valente" de las marquesinas—. Además, me dijiste que querías un sitio de gente de verdad. Y aquí hacen los mejores huevos rotos de la ciudad sin que nadie te pida el DNI.

Caminamos por los pasillos del mercado. La gente pasa por nuestro lado sin fijarse demasiado. Somos solo una pareja más buscando dónde tomar el aperitivo.

—¿Ves? —me susurra al oído, inclinándose tanto que sus labios rozan casi mi oreja—. Invisibles.

Siento un escalofrío que no tiene nada que ver con la corriente de aire. Me detengo frente a un puesto de libros de segunda mano y él se para a mi lado.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada, es solo que... —lo miro de reojo—, pareces casi normal así.

—Es que soy normal, Elena —dice con una seriedad que me desarma. Me coge de la mano, un gesto sencillo que me deja sin aliento—. Solo que a veces se me olvida cómo se hace. Gracias por recordármelo.

Mis dedos encajan perfectamente con los suyos. Pero justo cuando voy a decir algo que probablemente arruine el momento, veo

a un chico a unos metros. Tiene un móvil en la mano y nos está mirando con demasiada fijeza.

CAPÍTULO 5: CARRERAS, RISAS Y EL ARTE DE NO SER CAZADOS

El chico del móvil no deja de mirarnos. Levanta el brazo, disimulando que está mirando la hora, pero el ángulo de su cámara apunta directamente a la mandíbula de Hugo.

—Hugo —le susurro, apretándole los dedos con fuerza—, el de la camiseta de rayas. Nos ha calado.

Él echa un vistazo rápido por encima de las gafas de sol. Noto cómo su mandíbula se tensa.

—Mierda. Si hace la foto y la sube, en diez minutos tendremos aquí a media prensa de Madrid.

—Ni de broma —digo, y de repente me invade una adrenalina que no sentía desde que logré vender el último pack de calcetines de Navidad en pleno agosto—. Confía en mí. A la de tres, corres. Y no hacia la moto, que es demasiado obvia. Hacia las escaleras.

—¿Qué? Elena, si corro se dará cuenta de que...

—¡Uno, dos... tres!

Le agarro de la mano y salimos disparados entre los puestos de aceitunas y quesos. Oigo el grito del chico detrás de nosotros —

¡Hugo! ¡Es Hugo Valente!—, pero ya estamos volando. Bajamos las escaleras del mercado de dos en dos, mis zapatillas golpeando el suelo con un ritmo frenético.

Salimos a la calle por la parte de atrás, la que da a las cuevas de Lavapiés. El aire frío nos golpea, pero mis pulmones arden de risa y emoción. Hugo corre a mi lado, y por primera vez no parece un actor huyendo de un acosador, parece un niño escapando de una trastada.

—¡Por aquí! —giro bruscamente hacia un callejón estrecho con paredes llenas de grafitis coloridos.

Nos metemos detrás de una furgoneta de reparto que huele a pan recién hecho. Nos pegamos a la pared de ladrillo, jadeando, con los corazones martilleando contra las costillas. Estamos tan cerca que nuestras respiraciones se mezclan.

Él tiene el pelo revuelto, las gafas de sol ladeadas y una sonrisa salvaje que me deja sin aliento. Me mira como si acabara de descubrir el fuego.

—Estás loca, Elena —dice entre jadeos, apoyando una mano en la pared, justo al lado de mi cabeza, acorralándome de una forma que hace que mis piernas parezcan de gelatina.

—Soy de barrio, Estrellita. Aquí aprendemos a esquivar problemas antes que a andar.

El silencio del callejón nos envuelve. El bullicio de la calle queda lejos. Hugo acorta la distancia que nos separa. Siento el calor que desprende su cuerpo. Su mirada baja a mis labios y luego vuelve a mis ojos. Mi mano, por voluntad propia, se posa en su pecho, justo encima de su corazón, que late tan rápido como el mío.

—No me mires así —murmura él, con una voz que ha bajado dos octavas.

—¿Cómo?

—Como si fueras a besarme y luego a decirme que ha sido un error de guion.

No hay cámaras. No hay mánagers. Solo el olor a pan, el grafiti de una estrella en la pared y un hombre que me mira como si yo fuera lo más interesante que ha visto en toda su vida de focos y mentiras.

CAPÍTULO 6: EL CASI QUE NOS DEJA SIN AIRE

El mundo podría acabarse ahora mismo en este callejón de Lavapiés y yo ni me enteraría. Solo existe el calor de la pared en mi espalda, el olor a cuero de su chaqueta y la forma en que Hugo me mira, como si fuera una ecuación que no puede resolver pero que se muere por descifrar.

Su mano abandona la pared y sube por mi cuello. Tiene los dedos fríos por el aire de Madrid, pero donde me toca, mi piel se enciende. Es una caricia lenta, casi tímida, que termina con su pulgar delineando mi labio inferior.

—Elena... —mi nombre en su boca suena a confesión.

—¿Qué? —apenas puedo hablar. Mis pulmones han decidido que el oxígeno está sobrevalorado.

—He besado a mucha gente frente a una cámara —dice, acercándose un milímetro más. Puedo sentir el roce de su nariz contra la mía—. He memorizado guiones sobre el deseo, sobre el amor a primera vista, sobre la pasión que te quema los huesos.

Sus ojos se clavan en los míos, oscuros y hambrientos.

—Pero nunca he sentido que mis manos tiemblen solo por tocar a alguien en un callejón que huele a panadería.

No aguanto más. Soy yo la que rompe la distancia. Me pongo de puntillas y rodeo su cuello con los brazos, atrayéndolo hacia mí. Él suelta un gruñido sordo, una mezcla de alivio y necesidad, y sus manos bajan a mi cintura, apretándome contra él con una fuerza que me deja claro que esto no es una película. Esto es real. Esto quema.

Sus labios rozan los míos, una caricia eléctrica que me hace soltar un gemido involuntario. Es ese segundo justo antes del beso, ese donde el tiempo se detiene y todo el ruido de Madrid desaparece...

Riiiiing. Riiiiing.

El sonido es tan estridente, tan fuera de lugar, que ambos damos un salto hacia atrás como si nos hubiera golpeado un rayo. Hugo suelta un improperio que no saldría en una película de Disney y saca el móvil del bolsillo.

—Mierda. Es Andrés —dice, pasándose la mano por el pelo ahora totalmente revuelto. Mira el reloj con desesperación—. La premiere. La alfombra roja empieza en una hora en Callao y tengo que pasar por "chapa y pintura". Si no aparezco, mi representante es capaz de quemar Gran Vía entera conmigo dentro.

El hechizo se rompe. El frío de la tarde vuelve a colarse entre nosotros y yo me abrazo a mí misma, tratando de recuperar el ritmo de mis latidos. Me siento como si me hubieran tirado un cubo de agua helada.

—Vete —le digo, intentando que mi voz suene normal—. No queremos que la estrella de la noche llegue tarde a su propio estreno.

Hugo me mira, y hay tanta decepción en sus ojos que me dan ganas de volver a agarrarlo del cuello. Se acerca y, esta vez sin cámaras ni dudas, me planta un beso rápido y hambriento en la comisura de los labios. Un beso que sabe a promesa incumplida.

—Esta noche —dice, ajustándose las gafas de sol con gesto decidido—. Ve al cine Capitol. No entres por la principal, busca la puerta lateral de invitados. Habrá un sobre a tu nombre: "Elena, la chica del sándwich". No me falles, por favor.

Se da la vuelta y echa a correr hacia donde dejamos la moto, dejándome allí, apoyada contra un grafiti, con el corazón en la boca.

De repente, la realidad me golpea. Él va a estar allí, rodeado de flashes, con un traje que costará más que mi alquiler de todo un año, y yo... yo solo tengo unos vaqueros y una camiseta con una mancha de café que apenas se nota si no me da la luz de frente.

CAPÍTULO 7: VESTIDOS DE PRESTADO Y CORAZONES EN HUELGA

Llego a mi piso en Malasaña —un tercero sin ascensor que huele a una mezcla de incienso del vecino y humedad crónica— con las piernas temblando. Cierro la puerta tras de mí y me apoyo en la madera, dejando que mi mochila resbale hasta el suelo. El silencio de la casa me envuelve, pero mi cabeza es un festival de música tecno a todo volumen.

¿Qué acaba de pasar?

Hace apenas veinticuatro horas, mi mayor preocupación era que no se acabaran las bolsas de papel en la caja 5. Ahora, tengo el sabor de Hugo Valente en la comisura de los labios y una invitación para una *premiere* en Gran Vía quemándome en el bolsillo de los vaqueros.

Me separo de la puerta y camino hacia el salón, o lo que nosotros llamamos salón, que es básicamente un sofá hundido y una mesa de centro que cojea. Mi planta, *Poti*, parece haberme echado de menos; sus hojas lánguidas me saludan con la misma energía que tengo yo ahora mismo: nula.

—Estamos en problemas, *Poti* —susurro, dejándome caer en el sofá.

No es solo que sea Hugo Valente. No es solo el dinero, las cámaras o que su cara mida tres metros en los carteles de la calle. Lo que me asusta de verdad es que, en ese callejón, por un segundo, se me olvidó quién era él. Y lo que es peor: se me olvidó quién era yo. Me sentí especial. No como la chica que dobla ropa, sino como alguien que puede hacer que el hombre más deseado del país se olvide de respirar.

Y eso es peligroso. Muy peligroso. Porque las luces de Callao se apagarán esta noche, pero mañana yo tengo turno de mañana y él tendrá otro rodaje, otra ciudad y otras mil chicas mucho más "estrellas" que yo gritando su nombre.

—¡Elena! ¡Ya estás aquí! —Vero, mi compañera de piso y la persona con menos filtro de la Comunidad de Madrid, sale de la cocina con una mascarilla facial verde que la hace parecer un Shrek con resaca—. ¿Qué tal el paseo? Te he llamado tres veces.

—Vero... tengo que ir a una *premiere*. Esta noche. En el Capitol.

Vero se queda congelada. Una gota de su mascarilla cae al suelo.

—¿A una qué? ¿Te han dado entradas en el trabajo por buen rendimiento? —Se ríe, pero al ver mi cara, se pone seria—. Espera. No me digas que el tío del coche negro de ayer...

—Era Hugo Valente, Vero. Y me ha invitado.

El grito que suelta mi amiga probablemente se ha oído hasta en la Plaza Mayor. Se lanza sobre mí, olvidándose de la mascarilla, y me agarra por los hombros.

—¿Hugo Valente?! ¿El del lunar?! ¿El de los ojos de "voy a arruinarte la vida y te va a encantar"?! Elena, dime que le has dado tu número. Dime que tienes fotos. ¡Dime que lo has besado!

—Casi —admito, y el calor vuelve a subirme a las mejillas—. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que no tengo qué ponerme. Literalmente, lo más elegante que tengo es un vestido de flores del año pasado que me queda un poco estrecho en el pecho.

Vero me mira de arriba abajo con una chispa de determinación en los ojos.

—Ni hablar. Esta noche no vas como Elena, la del Primark. Esta noche vas como la mujer que ha dejado a Hugo Valente en jaque. — Me agarra de la mano y me arrastra hacia su habitación—. Vamos a asaltar mi armario. Tengo un vestido negro de satén que compramos en rebajas y que nunca me he atrevido a estrenar. Es tu turno, amiga.

Mientras Vero revuelve entre perchas y cajas, yo me miro en el espejo del pasillo. Mis ojos brillan de una forma distinta. Hay miedo, sí, pero también una chispa de esperanza que me aterra.

¿Qué busco yendo allí? ¿Un cuento de hadas que sé que no existe? ¿O simplemente quiero estirar este sueño un par de horas más antes de que el despertador me devuelva a la realidad?

—Aquí está —Vero emerge con una prenda negra que resbala entre sus dedos como agua—. Pruébalo. Y Elena... —se pone seria un momento—, no pienses en quién es él. Piensa en cómo te hizo sentir en ese callejón. Eso es lo único que importa.

Asiento, aunque mi corazón sigue gritando que esto es una locura. Me pongo el vestido y, por primera vez en mi vida, no veo a

la chica cansada de siempre. Veo a alguien que está a punto de caminar entre estrellas.

CAPÍTULO 8: LUCES, FLASHES Y UNA INTRUSA DE NEGRO

La Gran Vía de noche no es una calle; es un monstruo brillante que te devora con sus luces de neón y el rugido constante de los motores. Pero hoy es diferente. Hoy, el tramo frente al Capitol está vallado, custodiado por hombres de negro con pinganillo y tomado por una marea de gente que grita nombres que yo solo he visto en los créditos de las películas.

Bajo del taxi —un lujo que me he permitido porque mis nervios no habrían sobrevivido a un transbordo en el metro— y me quedo paralizada en la acera de enfrente. El vestido de satén negro de Vero me queda como una segunda piel, pero me siento como si llevara un disfraz de astronauta en medio de una boda.

—Tú puedes, Elena. Solo es una puerta lateral. Solo es un sobre. Solo es... él —me susurro a mí misma, apretando el bolso contra mi costado.

Cruzo la calle esquivando a un grupo de chicas que llevan pancartas con la cara de Hugo. Sus gritos son tan agudos que me pitan los oídos. Me siento como una intrusa, una infiltrada en un

mundo de porcelana que está a punto de romperse bajo mis pies de barrio.

Llego a la puerta lateral, lejos de la alfombra roja donde los fotógrafos se desgañitan gritando: "¡Hugo, una mirada aquí!", "¡Hugo, a la derecha!". El corazón me da un vuelco al oír su nombre así, como si fuera propiedad de todos ellos.

—Nombre —me suelta un guardia de seguridad que tiene el cuello más ancho que mi cintura.

—Elena. Me han dicho que habría un sobre...

El hombre consulta una lista, me mira de arriba abajo con una ceja alzada (seguro que nota que mis sandalias no son de marca) y, finalmente, saca un sobre blanco.

—"Elena, la chica del sándwich" —lee con una voz monótona que me hace querer desaparecer—. Pase. Al fondo a la derecha, zona de prensa y familiares.

Entrar en el Capitol por la puerta de atrás es como verle las costuras a un vestido de alta costura. Pasillos estrechos, cajas de cables, gente corriendo con portátiles y percheros llenos de trajes imposibles. Y de repente, el espacio se abre y llego a una zona protegida por cordones de terciopelo.

Allí está él.

Está de espaldas, hablando con una mujer rubia vestida de lentejuelas. El traje de Hugo es de un gris oscuro que parece captar toda la luz de la sala. Se mueve con una elegancia que me hace dar un paso atrás. En este entorno, rodeado de copas de champán y

sonrisas de diseño, Hugo Valente no es el chico que comía sándwich pocho en un bar de Malasaña. Es una deidad. Es inalcanzable.

Me doy la vuelta, dispuesta a salir de allí antes de que alguien me pregunte qué pinto yo en esta fiesta, cuando su voz me frena en seco.

—Has venido.

Me giro lentamente. Hugo se ha separado de la mujer rubia y camina hacia mí, ignorando a un fotógrafo que intenta interceptarlo. Sus ojos recorren mi vestido, mi pelo suelto y terminan en mi mirada, que debe estar gritando "pánico" en todos los idiomas conocidos.

—Estás... —se detiene frente a mí, y el olor de su perfume borra de un plumazo todo el ruido de la premiere—. Estás increíble, Elena.

—Me siento como un pulpo en un garaje, Hugo —admito en un susurro, sintiendo cómo el calor sube por mis mejillas—. Debería irme. Tu mundo es... muy ruidoso.

Él acorta la distancia, ignorando que hay diez cámaras apuntando en nuestra dirección, y me coge de la mano. Sus dedos están calientes y su tacto es lo único que me mantiene anclada al suelo.

—El ruido está ahí fuera —dice, señalando la Gran Vía con la cabeza—. Aquí dentro, solo estamos nosotros. Ven conmigo. Hay algo que quiero enseñarte antes de que empiece la película.

CAPÍTULO 9: MADRID A NUESTROS PIES Y EL BESO PENDIENTE

Hugo me guía por un laberinto de pasillos internos que huelen a palomitas y a alfombra antigua. Subimos unas escaleras metálicas estrechas que parecen no tener fin hasta que, con un empujón decidido, abre una pesada puerta de hierro.

El estruendo de la Gran Vía se convierte de golpe en un murmullo lejano, como el rugido de un mar que se bate contra un acantilado. El aire frío de la noche madrileña me golpea la cara, refrescando mis mejillas encendidas. Estamos en la azotea del Capitol, justo detrás del mítico cartel de neón de Schweppes.

—Es mi sitio favorito de toda la ciudad —dice Hugo, soltándome la mano para apoyarse en la barandilla—. Cuando el ruido de ahí abajo se vuelve insoportable, subo aquí para recordar que Madrid es mucho más que flashes y gente gritando.

Me acerco a él, caminando con cuidado sobre mis sandalias de tacón. Desde aquí, las luces de la ciudad parecen una manta de diamantes derramada sobre el asfalto. El cartel de neón proyecta ráfagas de colores —azul, amarillo, rojo— sobre la cara de Hugo, dándole un aspecto casi irreal.

—Es impresionante —susurro, sintiéndome pequeña frente a tanta inmensidad—. Pero ahí abajo te están esperando. Eres el protagonista, Hugo. No deberías estar aquí arriba con una chica que mañana tiene que abrir una tienda a las diez de la mañana.

Hugo se gira hacia mí. Se quita la chaqueta del traje y me la pone sobre los hombros. El tejido aún conserva el calor de su cuerpo y ese aroma a sándalo que ya se ha instalado en mi memoria.

—Ahí abajo está el personaje —dice, dando un paso hacia mí, acortando el espacio hasta que nuestras sombras se mezclan en el suelo—. Pero aquí arriba solo está el tío que se comió un sándwich aplastado contigo en un bar grasiento. Y ese tío, Elena, se muere de ganas de terminar lo que empezamos en aquel callejón.

Mi corazón empieza a golpear contra mis costillas con una fuerza salvaje. El neón amarillo ilumina sus ojos, que ahora me miran con una intensidad que me desarma. No hay guiones. No hay mánagers. Solo nosotros dos, suspendidos sobre el cielo de Madrid.

—¿Y si esto es solo un error de guion? —pregunto, con la voz temblorosa por el miedo y el deseo.

—Entonces será el mejor error de mi carrera.

Sus manos suben por mis brazos, recorriendo la tela del vestido de satén hasta acunar mi rostro. Sus pulgares acarician mis pómulos con una delicadeza que me hace cerrar los ojos. Siento su respiración cálida contra mis labios, un anticipo dulce y desesperado.

Y entonces, por fin, sucede.

Hugo inclina la cabeza y me besa. No es un beso de película, medido y perfecto. Es un beso real, cargado de toda la tensión

acumulada desde que tropezamos en aquel portal. Sabe a urgencia, a alivio y a una conexión que no tiene nada que ver con quiénes somos para el resto del mundo. Sus labios son suaves pero firmes, y cuando mis manos se enredan en su pelo, él suelta un suspiro contra mi boca que me hace estremecer.

Me pega a su cuerpo, y a través de la fina tela de mi vestido siento la fuerza de su pecho contra el mío. En este instante, rodeada por las luces de Madrid y el sabor de Hugo, me doy cuenta de que ya no hay vuelta atrás. Las sombras del Capitol nos envuelven, protegiendo un momento que solo nos pertenece a nosotros.

Él se separa apenas unos milímetros, manteniendo sus frentes unidas.

—No te vayas —murmura contra mis labios—. Quédate conmigo cuando todo este circo termine esta noche.

CAPÍTULO 10: DE ALFOMBRAS ROJAS Y PIEL DESNUDA

La película se titula *Última llamada en Madrid*. Es un drama intenso, de esos que te dejan con el nudo en la garganta, donde Hugo interpreta a un hombre que lo pierde todo por una mala decisión. Durante la proyección, sentada en la zona VIP rodeada de gente que huele a dinero y a éxito, no puedo dejar de mirarlo. En la pantalla es un gigante, un extraño que llora y grita con una fuerza desgarradora; pero bajo la oscuridad del cine, su mano no ha soltado la mía ni un segundo. Sus dedos acarician mis nudillos, recordándome que el hombre real está aquí, a mi lado, y que su corazón late al mismo ritmo que el mío.

Cuando aparecen los créditos y estallan los aplausos, Hugo me susurra al oído: «Aguanta cinco minutos más. Nos largamos».

Dicho y hecho. Tras un par de fotos de rigor y esquivar a un Andrés que parece estar a punto de sufrir una combustión espontánea por los nervios, Hugo me guía hacia el garaje. No hay motos esta vez. Nos subimos a un coche oscuro que nos saca de la Gran Vía antes de que la multitud se dé cuenta de que su estrella ha escapado.

Llegamos a su ático en la zona de Justicia. Es un espacio minimalista, de techos altos y ventanales inmensos que miran hacia los tejados del Madrid antiguo. Pero no me detengo a mirar la decoración. En cuanto la puerta se cierra tras nosotros, el silencio del ático se vuelve denso, cargado de todo lo que hemos estado conteniendo desde el beso en la azotea.

Hugo deja las llaves en la entrada y se quita la corbata con un gesto impaciente. Se acerca a mí, y la luz de la luna que entra por el ventanal perfila su silueta, haciéndolo parecer más humano y, a la vez, más peligroso para mi estabilidad emocional.

—¿Estás bien? —pregunta, con esa voz que me revuelve el estómago.

—He sobrevivido a una alfombra roja. Creo que puedo con cualquier cosa —respondo, intentando bromear, aunque mi voz tiembla.

Él no dice nada. Se limita a acortar la distancia y pone sus manos en mi cintura. El contacto de sus palmas contra el satén negro del vestido me hace soltar un suspiro largo. Hugo inclina la cabeza y empieza a besar mi cuello, justo en ese punto sensible que me hace perder el sentido de la orientación.

—No tienes idea de lo que me ha costado no hacer esto en medio del cine —murmura contra mi piel.

En cuanto entramos en el dormitorio, el aire parece volverse más espeso, más difícil de respirar. Hugo no enciende la luz; no hace falta. El resplandor plateado de la luna de Madrid se cuela por el ventanal, bañándolo todo con un halo de misterio.

Se detiene frente a mí y sus manos buscan de nuevo mi cintura. El contacto de sus palmas calientes contra el satén frío del vestido me provoca un escalofrío que no tiene nada que ver con el aire acondicionado. Me atrae hacia él con una suavidad que me desarma, y cuando mi pecho choca contra el suyo, siento que mi corazón late tan fuerte que él tiene que notarlo a través de las capas de ropa.

—Elena... —susurra, y mi nombre vibra en su boca antes de que sus labios busquen mi cuello.

Sus besos son lentos, deliberados, como si quisiera memorizar cada centímetro de mi piel. Empieza justo debajo de mi oreja y desciende por la línea de mi mandíbula hasta llegar a la clavícula. Cada roce de su lengua, cada leve succión, me hace arquear la espalda hacia él. Mis manos, inquietas, se hunden en su pelo, tirando un poco, necesitando más.

Él encuentra la cremallera del vestido. El sonido metálico al bajar es apenas un susurro en la habitación. Siento cómo la tela resbala por mis hombros, por mis caderas, hasta quedar amontonada en mis pies. Me quedo ahí, vulnerable y expuesta ante su mirada, pero no hay juicio en sus ojos. Hay una admiración tan profunda que me hace sentir más poderosa que cualquier estrella de cine.

Hugo se deshace de su camisa con una urgencia contenida, dejando a la vista un pecho firme, de músculos marcados pero naturales, y esa piel tostada que desprende un calor magnético. Cuando me vuelve a abrazar, el contacto de piel con piel es como una descarga eléctrica que me recorre la espina dorsal. Sus manos son grandes y recorren mi espalda con una caricia posesiva, bajando

hasta mis glúteos para pegarme a su pelvis. Puedo sentir su deseo, vibrante y real, reclamándome.

Nos dejamos caer sobre la cama. Las sábanas de hilo me reciben con frescura, pero el fuego está entre nosotros. Hugo se sitúa sobre mí, apoyando su peso en los antebrazos, y me besa con una intensidad que me deja sin aliento. Es un beso hambriento, de lenguas que se entrelazan y dientes que rozan los labios, una danza de necesidad que nos hace olvidar quiénes somos fuera de estas cuatro paredes.

Mis manos exploran su cuerpo, fascinadas por la suavidad de su espalda y la tensión de sus brazos. Siento sus caricias bajar por mi vientre, provocándome espasmos de placer, hasta que sus dedos encuentran ese lugar donde el deseo se vuelve insoportable. Suelto un gemido contra su boca, un sonido que él devora con un gruñido sordo.

—Eres increíble —murmura él, con la voz rota, mientras sus labios bajan a mis pechos, rodeando un pezón con una presión que me hace clavar las uñas en sus hombros.

Cuando por fin nos unimos, el tiempo se detiene. No es solo sexo; es una conversación sin palabras donde cada movimiento es una pregunta y cada suspiro una respuesta. Me muevo con él, siguiendo su ritmo, perdiéndome en la sensación de plenitud que me inunda. Sus ojos no se apartan de los míos, buscando mi alma mientras nuestros cuerpos se funden. Es una marea que nos arrastra, una tormenta de sensaciones que va creciendo hasta que el mundo estalla en mil pedazos de luz y placer.

Nos quedamos así, jadeando, con los corazones martilleando al unísono y el sudor haciendo que nuestra piel se pegue. Hugo me envuelve en un abrazo protector, besando mi frente empapada, mientras el silencio de la noche vuelve a reinar en el ático.

CAPÍTULO 11:

CONFESIONES ENTRE SÁBANAS DESHECHAS

El silencio que sigue a una tormenta así es distinto a cualquier otro. No es un silencio vacío, es un silencio que pesa, cargado de la humedad de nuestros cuerpos y del eco de los gemidos que aún parecen flotar en las esquinas del techo minimalista de Hugo.

Él me atrae hacia su costado, rodeándome con un brazo mientras yo apoyo la barbilla en su pecho. Puedo sentir el vello de su torso rozando mi mejilla y el olor a sexo y sándalo envolviéndonos como una manta.

—Vaya —susurro, y mi propia voz me suena extraña, más grave, más rota.

Hugo suelta una risita corta, una vibración que me recorre la cara.

—¿"Vaya"? ¿Esa es la crítica oficial de la prensa especializada? — Me da un beso suave en la coronilla y aprieta el agarre—. Me esforzaré más para el siguiente pase, prometido.

—No seas idiota, Valente —me río, dándole un golpecito juguetón en la costilla—. Es solo que... no me esperaba que fuera así.

—¿Así cómo?

—Tan... poco coreografiado. —Levanto la vista para encontrarme con sus ojos. En la penumbra, sus pupilas están dilatadas, devorando la poca luz que entra por el ventanal—. En las pelis siempre pareces tener el control absoluto de cada músculo. Aquí, hace un momento, parecía que te ibas a romper.

Él se queda serio un segundo, trazando círculos invisibles en mi hombro con la yema de los dedos. Es un gesto tan íntimo que me hace querer encogerme.

—Es que contigo no tengo el guion, Elena —confiesa con una honestidad que me desarma—. Contigo no sé cuál es la siguiente frase. Y me aterra, pero a la vez es lo más jodidamente vivo que me he sentido en años. Aquí no hay nadie gritando "corten". Aquí, si la cago, me duele a mí, no al personaje.

Me quedo muda. ¿Cómo se supone que responda a eso? Soy una chica que se pelea con señoras por un ticket de devolución, no estoy entrenada para gestionar el corazón de un hombre que tiene el mundo a sus pies.

—Yo mañana tengo que entrar a las diez —digo de repente, rompiendo la magia por pura autoprotección—. Tengo que fichar, ponerme el walkie-talkie y aguantar que me pregunten si quedan tallas de los pantalones cargo.

Hugo se gira de lado, quedando frente a frente conmigo. Su mano baja por mi espalda, siguiendo la curva de mi columna con una lentitud que me vuelve a encender la sangre.

—¿Y qué? —pregunta él—. ¿Crees que porque mañana doubles pantalones esto de hoy ha sido un sueño? Elena, me da igual el walkie-talkie. Me da igual la tienda. Me gustas tú porque eres la

única persona en este Madrid de plástico que me ha llamado "animal" por casi atropellarla en lugar de pedirme una foto.

—Fue un insulto con mucho sentimiento —bromeo, aunque tengo un nudo en la garganta.

Él se acerca y me besa. Es un beso distinto: lento, con sabor a promesa, de esos que se dan cuando ya no hay prisa. Sus labios recorren los míos con una suavidad que me hace cerrar los ojos con fuerza.

—Quédate a dormir —murmura contra mi boca—. Mañana yo mismo te llevo a Gran Vía. Podemos desayunar algo que no sea un sándwich de plástico.

—¿En serio? ¿Hugo Valente desayunando en la cocina como un mortal? ¿Sabes hacer café o tienes un botón para que salga un mayordomo?

—Sé hacer un café que te resucita a los muertos. Y no, no hay mayordomos. Solo estamos nosotros.

Me acurruco en el hueco de su cuello, dejando que su calor me invada. Por un momento, decido creerle. Decido pensar que mañana seremos los mismos. Me quedo dormida escuchando su respiración acompasada, sin saber que, mientras nosotros nos prometemos desayunos, en el mundo exterior mi nombre ya está empezando a circular por grupos de WhatsApp junto a una foto borrosa de los dos entrando en este mismo edificio.

CAPÍTULO 12: DESAYUNO CON DIAMANTES Y NOTIFICACIONES DE PÁNICO

Despertar en la cama de Hugo es lo más parecido a flotar en una nube de algodón orgánico. La luz de la mañana entra tamizada por unos estores automáticos que se han levantado sin hacer ruido, y el olor a café recién hecho flota en el aire, mezclándose con el rastro de nuestra noche.

Me estiro entre las sábanas, sintiendo cada músculo de mi cuerpo con una consciencia nueva. Me siento viva, eléctrica... y aterrada.

—Buenos días, dormilona —Hugo aparece por la puerta del dormitorio.

Lleva solo un pantalón de chándal gris caído por la cadera y sostiene dos tazas de cerámica negra. Verlo así, con el pelo alborotado y la piel desnuda bajo la luz del sol, es casi más intimidante que verlo de esmoquin. Es demasiado humano. Demasiado real.

—Hola —digo, tapándome hasta la nariz con el edredón, de repente cohibida—. ¿Qué hora es?

—Las ocho y media. Tienes tiempo de sobra para tu café "resucitador" antes de ir a la tienda.

Se sienta en el borde de la cama y me tiende la taza. El café está perfecto, amargo y ardiente. Por un segundo, mientras nos miramos en silencio, la burbuja vuelve a inflarse. Él me acaricia el tobillo por encima de la manta y yo me permito creer que esto puede funcionar.

Entonces, mi móvil, abandonado en el suelo sobre mi montaña de ropa de ayer, empieza a vibrar.

No es una vibración normal. Es un zumbido frenético, constante, como si un enjambre de avispas se hubiera metido en mi bolso. Hugo y yo nos miramos. La burbuja empieza a agrietarse.

Alargo el brazo, cojo el teléfono y lo primero que veo son 47 llamadas perdidas de Vero y más de doscientos mensajes de WhatsApp. Mi pantalla de bloqueo es un desfile de notificaciones de Instagram y Twitter.

Vero (08:15): ¡ELENA RESPONDE JODER!

Vero (08:17): Sales en la portada de "La Verdad".

Vero (08:20): Te han identificado. Han sacado una foto de tu LinkedIn. Dicen que eres "La Cenicienta de Gran Vía".

Con los dedos temblorosos, abro la primera imagen que me envía mi amiga.

Es una ráfaga de fotos nítidas, implacables. No son del estreno. Son de nuestra llegada a su portal. El coche negro aparcado en

doble fila, Hugo bajándose primero para abrirme la puerta, y yo... yo bajando del coche con el vestido de satén negro, agarrada a su mano, con una sonrisa de complicidad que ahora mismo me parece una prueba condenatoria. En la siguiente foto, estamos entrando en el portal y él me pasa el brazo por la cintura mientras yo apoyo la cabeza en su hombro.

—Hugo... —susurro, pasándole el teléfono.

Él deja su taza en la mesilla y coge el móvil.

Su mandíbula se tensa tanto que veo marcarse cada músculo de su cara. —Mierda. El coche de la esquina... debí imaginar que no era un vecino. Joder, Elena, lo siento. Bajé la guardia. Estaba tan pendiente de ti que no miré quién había en la calle.

—No es solo la foto, Hugo. Han sacado mi nombre completo. —Siento que las paredes del ático se me echan encima—. Han rastreado mi LinkedIn, mi Facebook... Hay fotos mías de hace cinco años, fotos de mis padres, comentarios sobre dónde trabajo. ¡Saben que hoy entro a las diez en Gran Vía! Dicen que soy "la Cenicienta de Gran Vía".

Entro en Twitter y el hashtag **#LaChicaDeHugo** es el número uno. Es una carnicería. Miles de personas analizando mi cara, mi ropa, mi vida corriente. Me siento como si me hubieran desnudado en medio de la Puerta del Sol sin mi consentimiento.

—Esto es una locura —digo, levantándome de la cama con una urgencia frenética. Me siento expuesta, vulnerable, como si las cámaras pudieran verme a través de las paredes—. Dicen que hoy van a ir a la tienda a buscar "la reacción de la Cenicienta". ¡Hugo, mi vida privada ha desaparecido en seis horas!

—Escúchame, llamaré a Andrés. Él sabrá cómo gestionar esto...

—¿Gestionar? —me río con una amargura que me desgarr—. ¿Va a borrar internet? ¿Va a convencer a mi jefa de que no es un problema que haya diez fotógrafos en la puerta de empleados? Hugo, tú vives de esto, pero yo vivo de ser invisible. Y ahora mismo, soy el blanco de todas las dianas de Madrid.

Miro a mi alrededor buscando mi ropa y la realidad me golpea como un jarro de agua fría. No tengo ropa. Vine directa de la premiere. Solo tengo el vestido de satén negro de Vero, que ahora yace en el suelo, arrugado y brillante, como un testigo mudo de mi imprudencia.

—Hugo, no tengo qué ponerme. ¡Tengo que cruzar Madrid a las nueve de la mañana vestida de gala! —La ansiedad me oprime el pecho—. Si me ven salir de aquí así, confirmaré todos los titulares. Sabrán que he pasado aquí la noche.

—Elena, cálmate. Te daré algo de mi ropa. Una sudadera, un pantalón de chándal... lo que quieras. Pero por favor, no salgas sola. Deja que Andrés mande un coche.

—¡No! —grito, mientras me enfundo el vestido de satén con movimientos torpes, odiando el tacto de la seda contra mi piel—. Si llega un coche oficial de una agencia de representación a mi portal en Malasaña, o a la tienda, será el final.

Me miro en el espejo. El maquillaje de anoche está corrido, el pelo es un desastre y el vestido negro grita "fiesta" en medio de una mañana de martes. Hugo se levanta y me tiende una de sus sudaderas grises, enorme y con olor a él.

—Póntela encima. Y mi gorra. —Me mira con una mezcla de culpa y ternura que casi me rompe—. Elena, de verdad, lo siento.

Me pongo la sudadera sobre el vestido de seda, ocultando el brillo del satén, y me encajo la gorra hasta las cejas. Soy un desastre: una chica vestida de gala por debajo y de deporte por arriba, huyendo del ático de un actor porque el mundo ha decidido que su intimidad no vale nada.

—Me voy —digo, cogiendo mi mochila—. No me sigas. No quiero que nos vean salir juntos otra vez.

Salgo del ático sintiendo que el corazón me va a estallar. He pasado de la noche más mágica de mi vida a una huida desesperada, y lo peor es que sé que, lleve la sudadera que lleve, mi cara ya le pertenece a todo el país.

CAPÍTULO 13: EL PASEO DE LA VERGÜENZA

El ascensor del edificio de Hugo baja demasiado rápido, o quizá soy yo la que desearía que el tiempo se detuviera. Me miro en el espejo de la cabina y el reflejo que me devuelve es patético. Las sandalias de tacón fino de la premiere repiquetea contra el suelo, asomando por debajo de los pantalones de chándal grises que Hugo me ha prestado. La sudadera me queda gigante, las mangas me tapan las manos y el vestido de satén negro hace un bulto extraño bajo la tela deportiva.

Si alguien me mira, pensará que soy una chica que ha salido a tirar la basura después de una fiesta de tres días.

Cuando las puertas se abren en el portal, el conserje me mira con una mezcla de lástima y curiosidad. No dice nada, pero su silencio es ensordecedor. Respiro hondo, me encajo la gorra de Hugo hasta que la visera casi me toca la nariz y empujo la puerta acristalada.

El aire de Madrid me golpea la cara. Y con el aire, el primer *clic*.

—¡Ahí está! —grita alguien desde la acera de enfrente.

No hay flashes, pero el sonido de los obturadores en ráfaga suena como una ametralladora. Hay dos tipos apoyados en una moto y un hombre con un objetivo que parece un telescopio apostado detrás

de un árbol. No corro porque mis tacones no me lo permiten, pero camino tan rápido que siento que voy a tropezar.

—¡Elena! —me grita uno de ellos, cruzando la calle sin mirar—. ¿Es cierto que Hugo te ha pedido que te mudes con él? ¿Llevas su ropa? ¡Mira a cámara, solo un segundo!

Agacho la cabeza, sintiendo que el calor de la vergüenza me quema el cuello. El trayecto hasta la boca del metro de Justicia se me hace eterno. Cada paso con las sandalias de fiesta sobre la acera irregular de Madrid es un recordatorio de lo ridícula que es mi situación. Soy la presa y ellos son los cazadores.

Entro en el metro de un salto, pasando el abono con manos temblorosas. El vagón de la Línea 10 está hasta arriba. Gente que va a la oficina, estudiantes con cascos, señoras con el carro de la compra. Me arrincono contra la puerta, intentando ser invisible, pero es imposible.

Un chico joven, que no debe tener más de veinte años, levanta la vista de su teléfono. Mira mi cara, luego mira la pantalla de su móvil y después vuelve a mirarme a mí. Sus ojos se abren como platos.

—Tío, es ella —le susurra a su amigo, dándole un codazo.

Empiezan a grabarme con el móvil. No se esconden. Lo hacen a medio metro de mi cara, con esa impunidad que da internet. Noto cómo el sudor frío me baja por la espalda, empapando la seda del vestido que llevo bajo la sudadera. Me siento como un animal en el zoo. Mis manos, escondidas en las mangas largas de Hugo, aprietan mi mochila con fuerza.

«No llores aquí. No les des esa foto. No llores aquí», me repito como un mantra.

Saco mi móvil para evitar las miradas y veo que tengo un mensaje de Vero.

Vero (09:42): Elena, tía, hay una reportera de "Socialité" en la puerta de la tienda. He tenido que entrar por el parking para que no me asaltaran. Marta está histérica. No vengas si puedes evitarlo.

Cierro los ojos. ¿Evitarlo? ¿Y qué hago con mi vida? ¿Me quedo escondida en el ático de Hugo hasta que el mundo encuentre a otra chica a la que despedazar?

El metro llega a Tribunal. Las puertas se abren y salgo disparada, casi perdiendo una sandalia en el hueco del vagón. Camino por el transbordo como si me persiguiera el diablo. Al llegar a la Gran Vía, la luz del sol me ciega. Veo el edificio del Primark, majestuoso y blanco, pero hoy no me parece mi lugar de trabajo. Me parece una trampa.

Me detengo antes de que me vean. Veo la furgoneta de televisión, el logotipo naranja de una cadena nacional y a una chica con un micrófono esperando cerca de la entrada de personal.

Respiro hondo, me quito la gorra de Hugo porque el logo de su marca de ropa es demasiado reconocible, y me doy cuenta de que no tengo escapatoria. Para entrar a trabajar, tengo que cruzar mi propio patíbulo.

CAPÍTULO 14: EL PATÍBULO DE CRISTAL

Me quedo paralizada en la esquina de la calle Mesonero Romanos. Apenas son cincuenta metros los que me separan de la puerta de empleados, pero parecen kilómetros de campo minado. Veo a la reportera: lleva esos pinganillos de televisión y no deja de mirar hacia todos lados con la voracidad de un ave carroñera.

Me ajusto la sudadera de Hugo —que es lo único que me cubre el vestido de seda— y aprieto contra mi costado el pequeño bolso de pedrería que me prestó Vero. Es ridículo. Una chica con sudadera de deporte de trescientos euros y un bolso de fiesta de lentejuelas a las diez de la mañana. Soy un meme andante.

«Tú puedes, Elena. Cabeza baja y entra».

Arranco a caminar, pero no llego ni a la mitad del trayecto.

—¡Es ella! ¡Es la chica de las fotos! —el grito de un fotógrafo apostado en una moto rompe el aire.

De repente, el mundo se acelera. Los tres periodistas que estaban distraídos con sus móviles se lanzan hacia mí. Las cámaras se encienden, los focos me deslumbran y los micrófonos aparecen frente a mi cara, casi golpeándome los labios.

—¡Elena! ¿Has pasado la noche en el ático de Hugo? —¿Es cierto que la sudadera es suya? ¿Cómo es Valente en la intimidad? —¿Qué piensa una dependienta de que su vida haya cambiado en una noche?

—Por favor, dejadme pasar... —susurro, intentando avanzar, pero me cierran el paso.

Siento un empujón. Alguien me pisa el talón y mi sandalia de fiesta, esa que no está hecha para correr por el asfalto, se sale. Tengo que apoyarme en el hombro de un cámara para no caerme y el contacto me da asco. La humillación es total: estoy en la puerta de mi trabajo, medio coja, vestida con la ropa de un hombre y ese bolsito de fiesta colgando de mi mano como una prueba del delito.

Por fin, la puerta de seguridad se abre. Dos guardias de la tienda me agarran de los brazos y me tiran hacia el interior. El portón de metal se cierra tras de mí con un estruendo seco, dejando fuera los gritos.

El silencio del almacén me golpea. Mis compañeros están allí, amontonados tras las cajas de stock. He pasado de ser la compañera que reponía básicos a ser el bicho raro de la televisión.

—A la oficina de planta. Ahora —la voz de Marta, mi jefa, retumba en el pasillo.

Caminamos hacia el despacho de cristal. Marta cierra la puerta y me mira de arriba abajo, deteniéndose en mi bolso de lentejuelas y en mis pies descalzos.

—¿Te has vuelto loca, Elena? —su voz es un látigo—. Tenemos tres furgonetas bloqueando el paso de los clientes. El protocolo de seguridad de la tienda se ha ido a la mierda.

—Marta, yo solo he venido a trabajar...

—¿A trabajar? —señala mi bolso de fiesta sobre la mesa—. Vienes con la ropa de Valente y un bolso de lentejuelas. ¡Eres un escaparate de la prensa rosa! La dirección está que echa chispas. No puedes estar en la planta, Elena. Eres un peligro para la operativa de la tienda.

—¿Me estás despidiendo?

—Te estoy mandando a casa. Quince días de vacaciones forzosas. Sin sueldo. No podemos permitirnos este circo en la puerta cada mañana. Si esto no se calma... tendremos que hablar de tu salida definitiva.

Me quedo de piedra. Por un beso en una azotea, acabo de perder mi estabilidad. Marta me entrega una bolsa de plástico de la tienda.

—Toma. Mete ese bolso ahí para que no brille tanto y sal por la puerta de incendios. Hay un taxi esperando. Vete a casa, Elena. Desaparece.

Salgo del despacho con las piernas temblando, metiendo mi lujoso bolsito de fiesta en una bolsa de plástico de dos céntimos. Es la metáfora perfecta de mi vida ahora mismo: un desastre envuelto en purpurina barata.

CAPÍTULO 15: EL SILENCIO DE MALASAÑA

Subo las escaleras del edificio con las piernas de plomo. El edificio huele a lo de siempre —humedad y el guiso de la vecina—, pero hoy ese olor me resulta extrañamente reconfortante. Es el olor de mi vida real, la que no sale en las portadas.

Abro la puerta del piso y el silencio me golpea. Vero no está, claro. Sigue en el Primark, probablemente intentando que no la despidan a ella también por asociación. Mi móvil vibra en el bolsillo; es un mensaje suyo:

Vero (10:15): "Nena, me he enterado de lo de Marta. Lo siento muchísimo. En cuanto salga voy para allá. No abras a NADIE, Madrid está loco".

Tiro el bolsito de lentejuelas sobre la mesa de la cocina y me dejo caer en el sofá. Me quito la sudadera de Hugo y la tiro al suelo como si quemara. Me quedo ahí, en silencio, mirando una mancha de humedad en el techo. Me siento como si me hubieran arrancado la piel. He pasado de la euforia de sus manos en mi cintura a este vacío absoluto en el que he perdido mi sueldo y mi tranquilidad.

Con manos temblorosas, me quito el vestido de satén. El forcejeo con la cremallera me arranca el primer sollozo de verdad. Me lo

quito como puedo, dejándolo hecho un ovillo negro en el suelo, y me pongo mi pijama más viejo, ese de nubes desgastadas que tiene un agujero en el codo.

Me preparo un café en la cafetera italiana y me siento a esperar a que el mundo deje de girar. Pero el mundo no se detiene.

Un ruido de motor potente rompe la calma de mi calle estrecha. Me asomo a la ventana, escondida tras la cortina. Un coche oscuro, de esos que parecen tanques de lujo, está aparcado en doble fila. Un hombre con una gorra y gafas de sol sale del asiento del copiloto. Se mueve rápido. Se sube la solapa de la chaqueta y entra en mi portal.

Mi corazón se detiene. Cinco segundos después, el timbre de casa suena. Tres toques cortos. Firmes.

Abro la puerta.

Hugo está ahí, jadeando un poco, como si hubiera subido las escaleras corriendo. Mira el rellano desconchado, mira la bombilla fundida del pasillo y luego me mira a mí.

—Elena... —dice, y su voz suena tan fuera de lugar en este piso de treinta metros cuadrados que me dan ganas de llorar otra vez.

—¿Qué haces aquí, Hugo? —susurro, abrazándome a mí misma—. Te van a ver. Vas a hacer que los fotógrafos rodeen este edificio también.

Él no pide permiso. Da un paso hacia dentro y cierra la puerta a sus espaldas, dejando fuera el ruido de la calle.

—He tenido que escaparme. Andrés quería meterme en una furgoneta y mandarme a una finca en Segovia para "dejar que la

tormenta pase" —dice, soltando el aire de golpe. Camina por mi salón, que parece aún más pequeño con él dentro—. Me ha prohibido llamarte. Me ha dicho que eras una distracción, que lo de la tienda era una consecuencia lógica y que lo mejor era que perdiéramos el contacto unos días.

Se detiene frente a mí. Sus ojos recorren mi pijama de nubes, mi cara sin maquillar y la taza de café que tengo entre las manos.

—¿Una distracción? —repito, y la rabia empieza a ganarle terreno a la tristeza—. Así es como me llama tu mánager, ¿no? Un problema que hay que gestionar. Hugo, he perdido mi trabajo. O al menos, me han echado de allí hasta que dejes de ser noticia. Para tu equipo soy una crisis de relaciones públicas, pero para mí, esto es mi vida.

—Por eso estoy aquí —él intenta cogerme la mano, pero yo aprieto la taza—. No he venido a gestionar nada. He venido porque no puedo dejar que te hundas por algo que... que yo provoqué al bajarte del coche en mi portal. No sabía que estaban allí, Elena. Te lo juro.

—Ese es el problema. Tú no sabes muchas cosas sobre cómo funciona el mundo ahí fuera —señalo la ventana—. Tú tienes a Andrés para que te esconda en Segovia. Yo solo tengo a Vero y una carta de la jefa diciéndome que soy un peligro para la seguridad del local.

Él suspira y se sienta en mi sofá, el que tiene un muelle suelto que siempre te clavas en la espalda. Se queda mirando el suelo, donde el vestido de satén negro sigue hecho un ovillo.

—Andrés viene de camino —suelta de repente, sin mirarme—. No me ha dejado venir solo. Ha aceptado que viniera con la condición

de que... de que hablemos de cómo "protegernos" legalmente.

—¿Legalmente? —siento un escalofrío—. ¿De qué estás hablando, Hugo?

—Quiere que firmes algo. Dice que es la única forma de que su agencia se haga cargo de tu seguridad y de tu defensa legal contra los medios. —Me mira con una expresión de súplica—. Elena, yo solo quiero que estés bien, pero mi mundo se mueve con papeles.

—Tu mundo se mueve con contratos, Hugo —le corrijo, sintiendo cómo se me rompe algo por dentro—. Y yo pensaba que lo nuestro se movía con otra cosa.

CAPÍTULO 16: EL CONTRATO Y EL "NOSOTROS"

Hugo se queda mirando fijamente la taza de café que sostengo entre mis manos. El silencio en mi salón es tan denso que casi puedo oír el tic-tac del reloj de cocina de plástico que compramos en un mercadillo.

—Elena, no lo digas así —murmura él, con una voz que suena a cristal roto—. "Tu mundo", "mis contratos"... Como si estuviéramos en bandos distintos. He venido aquí porque me importas. He venido aquí por lo nuestro.

Me da una risa amarga, una que me raspa la garganta.

—¿"Lo nuestro", Hugo? —Repito la frase como si fuera un idioma extranjero—. ¿A qué te refieres exactamente? ¿A las seis horas que pasamos en tu cama? ¿A los diez minutos en la azotea?

Él frunce el ceño, confundido, y da un paso hacia mí, invadiendo ese pequeño espacio de seguridad que me da el olor a mi propio café.

—¿Me lo estás preguntando en serio? —Su tono sube una octava—. Pensé que después de anoche estaba claro. Pensé que sentías lo mismo que yo.

Lo miro de arriba abajo. Él es una estrella de cine que se ha escapado de un rodaje; yo soy una chica con un agujero en el codo del pijama y el rímel de ayer corrido por la cara. La diferencia de altura, de estatus, de todo, se me hace insoportable.

—Es que ese es el problema, Hugo —digo, bajando la voz—. Que yo no soy como las mujeres con las que sales. Yo no entiendo los códigos. Anoche fue increíble, sí. Fue la mejor noche de mi vida. Pero hoy me he dado cuenta de que yo soy la única que tiene algo que perder. Para ti es un romance de película; para mí es ver cosas donde no las hay.

—¿Crees que me estoy inventando lo que siento? —pregunta él, dolido.

—Creo que estás confundiendo la adrenalina de una huida con algo real —sentencio, y me duele cada palabra—. Creo que "lo nuestro" es una construcción que solo funciona bajo las luces de la Gran Vía. Aquí, en Malasaña, con la luz de la mañana y mi despensa medio vacía, no hay ningún "nosotros". Solo hay un actor que se siente culpable y una dependienta que se ha quedado sin trabajo.

Hugo abre la boca para replicar, pero el timbre vuelve a sonar. Esta vez no son tres toques suaves. Es un repiqueteo insistente, profesional, autoritario.

—Es Andrés —dice Hugo, y su rostro cambia de la vulnerabilidad a la resignación en un segundo—. Por favor, Elena, no te cierres así. Escúchale al menos.

Abro la puerta y Andrés entra como un vendaval de aire acondicionado y colonia cara. Trae un maletín de cuero fino y una tablet bajo el brazo. Mira el salón con la misma expresión con la que

alguien miraría una escena del crimen y, sin que nadie le invite, deja una carpeta azul sobre mi mesa de comedor llena de migas de pan.

—Elena, siento las formas, pero no tenemos tiempo —dice Andrés, ignorando por completo el hecho de que estoy en pijama—. La prensa ha localizado el coche de Hugo abajo. Tenemos exactamente cinco minutos antes de que esta calle sea intransitable.

Hugo se queda apoyado en la pared, con los brazos cruzados, evitando mi mirada.

—¿Qué es esto? —pregunto, señalando la carpeta.

—Un acuerdo de confidencialidad y una cláusula de protección —responde Andrés con una sonrisa que no le llega a los ojos—. Si firmas, nuestra agencia se encarga de tu defensa. Pondremos una demanda colectiva a los medios que han usado tus fotos privadas y emitiremos un comunicado diciendo que eres una colaboradora del equipo de Hugo. Limpiaremos tu imagen, Elena. Te devolveremos tu vida.

—¿A cambio de qué? —susurro.

—De que no vuelvas a hablar de lo que pasó anoche. Con nadie. Nunca. —Andrés me tiende un bolígrafo de plata—. Es por el bien de la carrera de Hugo. Y, sinceramente, es la única forma de que tú vuelvas a trabajar en esa tienda sin que te tiren piedras por el camino.

Miro a Hugo. Él sigue ahí, callado. No dice "no firmes". No dice "yo te protegeré sin necesidad de papeles". Solo mira al suelo.

—¿Ves? —le digo a Hugo, aunque mis ojos están fijos en el contrato—. Esto es "lo nuestro". Un papel de diez páginas y un

bolígrafo de plata para que me calle. Tenías razón, he visto cosas donde no las había. He visto un hombre donde solo hay una marca registrada.

CAPÍTULO 17: LA DIGNIDAD NO SE FIRMA

Andrés me mira con la impaciencia del que tiene un vuelo que perder. Para él, yo soy un trámite, un párrafo en un informe de crisis. Hugo, en cambio, sigue apoyado en el marco de la puerta de mi cocina, y su silencio me duele más que todos los gritos de los periodistas de Gran Vía.

—Elena, es lo mejor para todos —insiste Andrés, acercando la carpeta azul un par de centímetros más—. Si firmas, mi equipo legal llamará a tu jefa esta misma tarde. Les explicaremos que ha sido un malentendido, que formas parte de una campaña promocional... Te aseguro que mañana estarás doblando camisetas sin que nadie te moleste.

Miro el papel. Está lleno de términos como *reserva de información, perjuicios patrimoniales y cláusulas de rescisión*.

—Si firmo esto —digo, con la voz temblorosa pero clara—, estoy diciendo que lo de anoche no existió. Que el beso en la azotea fue un guion. Que los minutos que pasamos en tu cama, Hugo, fueron parte de una "estrategia de comunicación".

Hugo levanta la vista por fin. Sus ojos están inyectados en sangre.

—No, Elena. El contrato es para el mundo exterior. Para que te dejen en paz. Lo que nosotros sabemos... eso se queda con nosotros.

—¿"Nosotros"? —Me río, y esta vez la risa suena a cristal roto—. ¿Cómo puede haber un "nosotros" si para hablar contigo tengo que pasar por un departamento legal? Hugo, si firmo esto, me convierto en un secreto. En algo sucio que hay que ocultar bajo una montaña de términos jurídicos.

—¡Elena, por favor, sé pragmática! —interviene Andrés, perdiendo la compostura—. ¿Sabes cuánto va a tardar internet en encontrar algo peor sobre ti? ¿Quieres que tu cara siga siendo el meme de la semana? Firma y te garantizo que en tres días nadie recordará tu nombre.

Me quedo mirando el bolígrafo de plata. Es pesado, frío y brilla bajo la luz de la bombilla de bajo consumo de mi salón. Miro a Hugo una última vez, esperando un gesto, una señal de que va a mandar a Andrés a la mierda y me va a decir que no necesito papeles para estar a salvo.

Pero Hugo no se mueve. Hugo es un prisionero de su propia fama, un hombre que ha delegado su vida en manos de señores con traje.

—Tienes razón, Andrés —susurro, cogiendo el bolígrafo.

Andrés sonríe, victorioso. Hugo suelta un suspiro de alivio que me termina de romper el corazón.

Apoyo la punta del bolígrafo sobre el papel, justo encima de la línea de puntos. Pero no firmo. En lugar de eso, hago un trazo largo

y violento, cruzando todo el documento con una X negra. Luego, cierro la carpeta de un golpe.

—¿Pero qué haces? —grita Andrés, arrebatándome la carpeta.

—No voy a firmar mi propia desaparición —digo, levantándome del sofá. Me siento más alta que nunca, a pesar de mis calcetines de lana—. No voy a dejar que me compréis el silencio porque os resulte incómodo que una dependienta del Primark se haya enamorado de vuestro producto estrella.

—Elena, no seas estúpida... —empieza Andrés.

—¡Fuera de mi casa! —Le señalo la puerta—. Los dos.

—Elena, escúchame... —Hugo da un paso hacia delante, con las manos abiertas en señal de paz.

—No, Hugo. Escúchame tú a mí. Viniste aquí diciendo que había un "nosotros", pero has traído a tu agente para que me ponga un bozal. Me decías que sentías cosas, pero te ha faltado tiempo para dejar que tu equipo me trate como a un virus. Prefiero hundirme sola, prefiero que me echen de la tienda y que me sigan persiguiendo, antes que ser una cláusula en tu contrato de confidencialidad.

—Te van a destrozar la vida —advierte Andrés, recogiendo su maletín con manos nerviosas.

—Mi vida ya la habéis destrozado vosotros esta mañana —respondo, abriendo la puerta de par en par—. Ahora, salid de aquí antes de que llame a los vecinos y les diga que Hugo Valente está intentando sobornar a una muerta de hambre.

Andrés sale primero, refunfuñando sobre "oportunidades perdidas". Hugo se queda un segundo en el rellano. Me mira con una tristeza infinita, como si estuviera viendo cómo se le escapa lo único real que ha tenido en años.

—Lo siento —susurra.

—Yo también —le digo, y cierro la puerta en su cara.

Me apoyo contra la madera, escuchando sus pasos alejarse por la escalera. Entonces, el silencio de Malasaña vuelve a caer sobre mí, pero esta vez es diferente. Es un silencio amargo, pero es mío.

Me derrumbo en el suelo del pasillo, abrazada a mis rodillas, mientras oigo cómo el coche de lujo arranca en la calle y se aleja, llevándose consigo la sudadera de trescientos euros, el ático de cristal y el hombre que me hizo creer, por unas horas, que las Cenicientas todavía existen.

CAPÍTULO 18: LA MÁQUINA DEL FANGO

Dicen que el silencio es lo que queda después de una explosión, pero en mi piso el silencio suena a miedo. Me he quedado sentada en el suelo del pasillo, con la espalda apoyada contra la puerta cerrada, escuchando cómo el eco del coche de Hugo se pierde por la calle Pez.

Mi salón, que hace diez minutos era el escenario de una tragedia romántica, ahora parece un campo de batalla. La taza de café frío sobre la mesa, el vestido de satén negro arrugado en un rincón y el vacío. Un vacío que pesa más que el contrato de Andrés.

Cojo mi móvil, que sigue ardiendo de notificaciones. Intento apagarlo, pero mis dedos, por inercia masoquista, entran en el portal de noticias más leído del país.

—No puede ser —susurro.

El titular ha cambiado. Ya no soy la "Cenicienta de Gran Vía". Ahora soy algo mucho más oscuro.

"¿Cazada o cazador? Fuentes cercanas al actor sugieren que la empleada de la tienda podría haber orquestado el encuentro".

Siento que el estómago se me da la vuelta. Leo con el corazón en la garganta. El artículo, escrito con una ambigüedad perversa, insinúa que "curiosamente" yo sabía por qué puerta saldría Hugo, que tengo amigos en la prensa y que mi entorno está intentando vender una entrevista por una cifra de seis dígitos.

Andrés ha empezado a trabajar. No ha tardado ni quince minutos en soltar a los perros.

Entro en Twitter y el hashtag **#ElenaLaCazafortunas** empieza a escalar puestos. La gente que antes decía que hacíamos buena pareja ahora me disecciona con odio.

"Mirad la cara que pone en la foto, sabía perfectamente dónde estaba la cámara".

"Una dependienta con un bolso de marca... ¿de dónde ha sacado el dinero?". (Ese maldito bolso de Vero).

"Pobre Hugo, otra que se quiere subir al carro para ir a un reality".

—¡Mentira! —grito al salón vacío, lanzando el móvil contra el sofá —. ¡Es todo mentira!

Me levanto y empiezo a caminar de un lado a otro como un animal enjaulado. Me siento sucia. Siento que la noche en la azotea, los besos de Hugo y la ternura de sus manos han sido emponzoñados por una maquinaria que no puedo detener. No es

solo que haya perdido mi trabajo; es que están borrando quién soy para sustituirlo por un personaje de villana de revista.

El timbre vuelve a sonar. Esta vez doy un respingo y me pego a la pared. ¿Son ellos otra vez? ¿Es un periodista que ha conseguido subir?

—¡Elena! ¡Abre, soy yo! —Es la voz de Vero. Suena agitada, casi sin aliento.

Le abro y Vero entra como un huracán. Todavía lleva el chaleco azul del Primark puesto, lo que significa que ha salido huyendo del trabajo. Trae el pelo deshecho y una bolsa de plástico con dos cervezas y una bolsa de patatas fritas.

—He visto las noticias, nena. He visto lo que están diciendo esos hijos de puta —dice, tirando las llaves sobre la mesa y abrazándome con una fuerza que casi me deja sin aire—. He tenido que salir por detrás porque había un fotógrafo preguntando cuánto cobrabas al mes. ¡A mí! ¡Me han preguntado a mí si me habías pagado el alquiler con el dinero de una exclusiva!

—Andrés ha venido aquí, Vero —le digo, con la voz rota—. Ha venido con un contrato. Quería que me callara a cambio de "limpiar mi imagen". No he firmado y... y mira lo que han hecho.

Vero se separa de mí, me coge por los hombros y me mira a los ojos con una intensidad que me asusta.

—Escúchame bien, Elena. Ese actor de pacotilla y su perro de presa creen que te pueden aplastar porque eres una dependienta que vive en un cuarto sin ascensor. Creen que vas a llorar en un rincón hasta que todo pase.

—¡Es que es lo que quiero hacer! —sollozo—. Quiero que todo pase. Quiero volver a ayer, cuando nadie sabía mi nombre.

—Eso ya no va a pasar —sentencia Vero, abriendo una de las cervezas con un golpe seco—. Te han tirado al fango, nena. Y en el fango solo hay dos opciones: o te ahogas o aprendes a luchar en el barro. No vamos a dejar que te conviertan en la mala de esta película.

—¿Y qué voy a hacer, Vero? No tengo dinero para abogados, no tengo seguidores, no tengo nada.

Vero saca su móvil y lo pone sobre la mesa. Su pantalla brilla con la aplicación de Instagram abierta.

—Tienes la verdad. Y tienes a una amiga que no va a dejar que te pisen. Si ellos quieren jugar a las filtraciones, nosotros vamos a jugar a la realidad. Vamos a contar lo que pasó. Sin contratos, sin mánagers y sin filtros de mierda.

Miro la cerveza, miro a mi amiga y luego miro hacia la ventana. Madrid sigue ahí fuera, esperando a devorarme. Pero por primera vez en todo el día, la presión en mi pecho cede un poco ante el calor de la rabia.

—Si me van a quemar —susurro, repitiendo las palabras de Vero—, que sea haciendo mucho ruido.

CAPÍTULO 19: SIN FILTROS Y A CARA LAVADA

Vero coloca su móvil apoyado contra una torre de libros de texto viejos sobre la mesa del comedor. La luz de la tarde entra de lado por el balcón, iluminando las motas de polvo. No hay focos, no hay mánagers. Solo nosotras.

—¿Estás lista? —pregunta Vero, con el dedo sobre el botón rojo.

Me miro en el reflejo de la pantalla. Tengo los ojos hinchados y llevo el pijama de nubes. Parezco exactamente lo que soy: una chica de veintitantos que ha tenido el peor día de su vida.

—No sé si puedo hacer esto, Vero.

—Ya han dicho que eres una trepa y una mentirosa, Elena. Lo único que te queda es tu voz. Úsala.

Respiro hondo y asiento. Vero pulsa *record*.

—Hola —empiezo, y mi voz suena extraña, más firme de lo que esperaba—. Me llamo Elena. Hasta hace seis horas, era una dependienta en la Gran Vía. Ahora no sé muy bien quién soy, porque según las "fuentes cercanas" de internet, soy una especie de genio del mal que planeó una emboscada para hacerse famosa.

Hago una pausa, recordando el momento en que casi me atropella y cómo, desde ese segundo encuentro al día siguiente, mi

móvil no ha dejado de arder con sus mensajes.

—Están diciendo que lo de anoche fue una trampa orquestada por mí. Pero Hugo y yo no somos dos desconocidos que se cruzaron ayer por primera vez. Nos conocimos de la forma más accidentada posible hace unos días y, desde entonces, no hemos dejado de hablar. Hemos compartido cafés de máquina, charlas de madrugada y confesiones sobre la vida real que nadie ve en las alfombras rojas. Lo que captaron las cámaras anoche, cuando llegamos a su portal tras la premiere, no fue una estrategia de marketing. Fue el resultado de unos días muy intensos en los que dos personas de mundos opuestos decidieron dejar de ser sombras.

Me acerco un poco más a la cámara, dejando que vean las ojeras y el cansancio de quien lo ha perdido todo en una mañana.

—Hace una hora, el mánager de Hugo ha estado en este mismo salón, donde estoy sentada ahora. Me ha puesto un contrato de confidencialidad delante para que me callara. Me ha ofrecido "protección" y limpiar mi nombre si yo aceptaba mentir y decir que todo lo que hemos vivido estos días era un montaje o una simple amistad. No he firmado. No voy a decir que lo que he sentido no existió solo para salvar la reputación de una agencia. No soy un personaje de su película, no soy un "daño colateral". Soy una persona real. Y la realidad... la realidad duele mucho más que la ficción.

Vero corta el vídeo. Nos quedamos en silencio unos segundos, mirando el móvil como si fuera una granada a punto de estallar.

—Súbelo —digo, con un hilo de voz.

—Publicado —responde ella tras un momento—. Ahora prepárate, Elena. Porque acabas de declararles la guerra a los dueños del relato.

CAPÍTULO 20: EL ECO DE LA EXPLOSIÓN

Vero y yo nos quedamos mirando el teléfono sobre la mesa como si fuera una bomba de relojería. El vídeo ya está ahí fuera. No hay marcha atrás. Siento un vacío en el estómago, una mezcla de liberación y terror absoluto.

—Elena, mira esto —murmura Vero, deslizando el dedo por la pantalla.

Los comentarios vuelan. "¡Ole tus huevos!", dice uno. "¿Quién se cree este mánager?", pregunta otro. Pero entre los mensajes de apoyo, empiezan a aparecer las alertas de los medios digitales. El equipo de Hugo no ha tardado ni diez minutos en reaccionar.

—"Fuentes cercanas a Hugo Valente desmienten la versión de la empleada" —lee Vero en voz alta, con la cara roja de indignación—. Dicen que el contrato era una "medida de protección estándar" y que estás sacando las cosas de quicio.

—¿Medida estándar? —Me río con amargura, apretando los puños—. Me ofrecieron borrar mi rastro a cambio de dinero, Vero. Eso no es protección, es una compra-venta.

Me levanto y voy hacia el balcón. No me atrevo a salir, pero miro a través de la cortina. Hay más gente abajo. Más cámaras. Mi calle,

que normalmente es un remanso de paz con olor a pan recién hecho, se ha convertido en un circo.

De repente, mi móvil empieza a vibrar de una forma distinta. Es una notificación de un directo en Instagram.

—Es él —susurro.

Entro en el directo. Hugo no está en un coche, ni en un set de rodaje. Está en su salón de la calle Alcalá. Se nota que es un vídeo improvisado; la cámara tiembla un poco y el fondo, con esos ventanales señoriales que dan a Justicia, parece frío y vacío detrás de él. Hugo tiene los ojos rojos y se ha quitado la chaqueta. Se ve derrotado, pero por primera vez, parece él mismo.

—*"Hola"*, empieza a decir. Se pasa una mano por la cara, un gesto de cansancio que ya reconozco. *"He visto el vídeo de Elena. Y no voy a sacar un comunicado redactado por abogados, porque ya ha habido demasiados papeles de por medio hoy"*.

Me quedo sin aliento, pegada a la pantalla. Vero se sienta a mi lado, conteniendo la respiración.

—*"Ella tiene razón"*, continúa Hugo. Mira fijamente a la cámara, como si pudiera verme a través de ella. *"Andrés ha estado en su casa hoy con un contrato de confidencialidad. Y yo estaba allí. Estaba sentado en su salón y no dije nada. Dejé que mi mánager la tratara como a un problema de relaciones públicas porque tuve miedo. Tuve miedo de lo que este mundo pudiera hacerme si decía la verdad"*.

Su voz se quiebra un segundo, pero recupera el tono.

—"Pero el miedo de Elena a perder su trabajo o su dignidad ha sido más pequeño que su valentía. Ella ha sido capaz de contar lo que somos, mientras yo me escondía tras un contrato. Así que no, no hay ningún montaje. Elena es la mujer con la que he estado hablando cada noche de esta semana, la que me ha hecho reír en medio de este caos y la que hoy me ha dado la lección más importante de mi vida".

Hugo respira hondo. Escucho un ruido de fondo, alguien golpeando una puerta y la voz de Andrés gritando algo que no se entiende. Hugo mira hacia un lado un segundo y luego vuelve a la cámara.

—"Andrés está intentando entrar en el salón para cortarme la conexión, así que seré breve: Elena, voy para allá. No hay contratos, no hay prensa convocada por mi parte, no hay mentiras. Solo voy yo. Y esta vez, no pienso quedarme callado".

La pantalla se queda en negro. El directo ha terminado de golpe.

—¡Lo ha hecho! —grita Vero, abrazándome—. ¡Ha reconocido que estaba allí! ¡Se ha enfrentado a todos!

Me quedo en silencio, con el móvil contra el pecho. Siento una punzada de alivio, pero también un vértigo atroz. Hugo ha admitido su culpa y ha roto con todo en directo ante millones de personas. El "chico de oro" de la calle Alcalá acaba de saltar al vacío por mí.

Miro mi pijama de nubes, mis calcetines de lana y mi pequeño salón en Malasaña. En unos minutos, el hombre más buscado del país va a cruzar el centro de Madrid para plantarse en mi portal. Y esta vez, la historia ya no la escriben los mánagers ni los periodistas. La escribimos nosotros.

CAPÍTULO 21: LA CUENTA ATRÁS EN EL CUARTO PISO

El silencio que sigue al directo de Hugo es irreal. Durante unos segundos, Vero y yo nos quedamos petrificadas, mirando la pantalla negra del móvil como si esperáramos que él fuera a reaparecer. Pero lo que aparece, casi al instante, es el sonido de la calle.

Malasaña nunca duerme, pero esto es diferente. Empiezo a oír portazos, gritos de gente corriendo por el empedrado y el murmullo creciente de las motos que se detienen bruscamente bajo mi balcón. La noticia de que Hugo viene hacia aquí ha corrido más rápido que un incendio.

—Elena, tienes que cambiarte —dice Vero, rompiendo el trance. Su voz es práctica, pero sus manos tiemblan un poco mientras recoge la lata de cerveza vacía.

—¿Para qué? —pregunto, mirando mi pijama de nubes. Siento una extraña apatía, como si el shock me hubiera anestesiado—. Ha visto quién soy. Ya ha visto el pijama en el vídeo. Si viene por mí, viene por esto.

—No es por él, nena. Es por ti. —Vero me coge de los hombros y me obliga a levantarme—. Hay cámaras ahí abajo que no van a

tener piedad. Si vas a salir a ese portal a reclamar tu vida, hazlo sintiéndote tú misma, no una víctima en pijama.

Tiene razón. Camino hacia mi habitación, que parece el escenario de un naufragio. Ropa tirada, el vestido de satén de anoche hecho un guiñapo en una silla y el olor a mi propio miedo en el aire.

Me pongo unos vaqueros rectos, mis Converse gastadas y un jersey de punto beige, sencillo, de los que yo misma solía doblar en la tienda. No quiero lujo, pero quiero armadura. Mientras me paso un peine por el pelo, escucho un grito desde el salón.

—¡Ya están aquí! —chilla Vero.

Me asomo a la cortina del salón, ocultándome en la sombra. Lo que veo me corta la respiración. Mi calle, una vía estrecha donde apenas cabe un coche, está colapsada. Hay al menos cuatro furgonetas de televisión con las antenas desplegadas y una masa de fotógrafos que empujan a los vecinos que intentan llegar a sus casas. La policía local está intentando poner vallas, pero es inútil.

—Me siento como si estuviéramos en una película de asedios —susurro, retrocediendo hacia el centro del salón.

—Lo estamos —responde Vero, que ahora está pegada a la puerta, escuchando por el ojo de la cerradura—. Oigo pasos en la escalera, Elena. Algunos periodistas se han colado en el portal.

El pánico me atenaza. Mi casa, mi único refugio, mi burbuja de alquiler barato y muebles de Ikea, está siendo invadida. El timbre suena de repente y doy un salto, ahogando un grito.

—No abras —le digo a Vero.

—Es un mensaje de Hugo —dice ella, mirando su propio teléfono (el mío lo he dejado boca abajo en la mesa, incapaz de mirar más notificaciones)—. Me ha escrito por Instagram porque no tiene mi número. Dice: *"Estoy a dos calles. La policía me ha cortado el paso, pero voy a bajarme y llegar a pie. Dile que no tenga miedo"*.

Me miro las manos. No tienen intención de dejar de temblar.

—Vero, ¿qué vamos a hacer si esto sale mal? —pregunto. Si Hugo llega aquí y la presión es demasiada, si mañana él se arrepiente, yo me quedaré sola en el centro de este huracán. Sin trabajo, sin privacidad y con todo Madrid juzgándome.

—Si sale mal, nos mudaremos a un pueblo de la sierra y montaremos una librería —dice ella, intentando bromear, aunque tiene los ojos húmedos—. Pero no va a salir mal. Porque por primera vez en toda esta semana, tú no estás esperando a que él te salve. Tú ya te has salvado sola cuando has dicho que no al contrato. Él solo viene a acompañarte.

Escucho un estruendo abajo. Una ovación mezclada con abucheos y el sonido frenético de cientos de obturadores disparando a la vez. El rugido es ensordecedor, un sonido que solo había escuchado en los estadios de fútbol.

—Ya está aquí —susurro.

Cojo las llaves de casa, aprieto los puños y miro a Vero. Ella me da un asentimiento firme y abre la puerta del piso. El pasillo del edificio, oscuro y con olor a humedad, me parece el túnel hacia otra dimensión. Empiezo a bajar los escalones, escuchando cómo mi corazón late más fuerte que mis propios pasos sobre la madera.

CAPÍTULO 22: EL CRISTAL Y EL RUIDO

Bajo los últimos peldaños de la escalera de madera, que cruje bajo mis pies como si ella también estuviera nerviosa. A través de la puerta de cristal del portal, el mundo es un estallido de luces blancas y gritos amortiguados. Veo las siluetas de los fotógrafos pegados al vidrio, sus lentes como ojos de insecto intentando escudriñar la penumbra del recibidor.

Me detengo a dos metros de la puerta. No puedo abrir. Si abro, ese ruido entrará en mi vida y me devorará.

De repente, la masa de gente se agita. Veo empujones, el destello de una sirena de policía y, entonces, lo veo a él. Hugo aparece entre la multitud, forcejeando. No lleva guardaespaldas, no lleva a Andrés. Está solo, con la camisa arrugada y el pelo desordenado, abriéndose paso a empujones entre micrófonos que le golpean la cara.

Sus ojos encuentran los míos a través del cristal. Su expresión no es la del "chico de oro" de la Gran Vía; está asustado, sudoroso y parece al borde del colapso.

Hugo llega a la puerta y apoya ambas manos en el cristal, bloqueando la visión de los fotógrafos con su propio cuerpo. Se pega

tanto que su aliento empaña el vidrio. Me hace un gesto con la cabeza, una súplica silenciosa: *Déjame entrar*.

Con los dedos temblando, giro la llave y tiro del pesado portón de hierro y cristal solo lo justo para que él pueda deslizarse dentro.

En cuanto entra, el ruido de la calle se dispara como un trueno, pero Hugo empuja la puerta con la espalda, cerrándola de golpe y echando el pestillo. El silencio vuelve a reinar, un silencio denso, roto solo por nuestras respiraciones agitadas y los golpes de los nudillos de los periodistas contra el cristal a nuestras espaldas.

Estamos en la penumbra del portal, iluminados solo por la luz amarillenta del rellano y los flashes que siguen disparando desde fuera, creando un efecto de luz estroboscópica que nos envuelve.

—Elena —jadea él.

No deja que termine de decir su nombre. Da un paso hacia delante, acortando la distancia que nos quedaba, y me agarra de la cintura con una urgencia que me deja sin aire. Sus manos están frías, pero su rostro desprende un calor abrasador.

Y entonces, me besa.

No es un beso de esos que he visto en sus películas, coreografiados y perfectos. Es un beso desesperado, con sabor a sal y a alivio, un choque de dientes y de respiraciones entrecortadas. Es su forma de decirme que todo lo que ha dicho en el directo es verdad, que prefiere este portal oscuro conmigo que todos los focos de la calle Alcalá.

Le rodeo el cuello con los brazos, hundiendo mis dedos en su pelo desordenado, y le devuelvo el beso con toda la rabia y el deseo que

he acumulado desde que esta mañana me desperté sola. En ese momento, los flashes que estallan tras el cristal no son una amenaza; son solo luces de fondo de algo que por fin nos pertenece.

Cuando nos separamos, él apoya su frente contra la mía. Ambos jadeamos, con el corazón martilleando al unísono.

—Lo siento —me susurra al oído, su aliento rozando mi piel—. Siento haber dejado que entrara en tu casa. Siento haber guardado silencio en ese sofá.

—Estás aquí —es lo único que consigo decir, aferrándome a su camisa—. Has venido.

—Me he ido de allí, Elena. He dejado el móvil en el coche, he mandado a Andrés a la mierda y he venido andando las últimas tres calles porque no podía pasar el coche. Me da igual el contrato, me da igual la película. Solo quería saber que todavía me querías ver.

Me separo un poco para mirarlo a la cara. Arriba, en los rellanos, oigo puertas abrirse. Los vecinos están asomados a las barandillas; veo el brillo de un par de móviles grabando desde lo alto, pero curiosamente, no me importa. Es Malasaña. Son mis vecinos. Hay algo de protección en su curiosidad.

—Te he visto en el directo —le digo, con la voz rota—. Has sido muy valiente.

—Tú me has enseñado —responde él, acariciándome la mejilla con el pulgar—. Tú te enfrentaste a ellos sin nada. Yo solo he tenido que decir la verdad para intentar ponerme a tu altura.

Hugo mira hacia la puerta de cristal. Los flashes no paran. Hay gente gritando su nombre desde la acera, pidiendo una declaración,

una foto, un gesto.

—No vamos a salir ahí fuera, ¿verdad? —pregunta con miedo.

—No —dice él con firmeza, entrelanzando sus dedos con los míos—. Hoy no. Hoy solo quiero subir esas escaleras contigo y que me deis un poco de ese café de máquina que me prometiste. Quiero estar en un sitio donde nadie pueda decirme qué decir.

Caminamos juntos hacia la escalera, dejando atrás el circo de la calle. Mientras subimos, escucho los aplausos tímidos de la vecina del segundo y el "¡Ánimo, pareja!" del señor del primero. Hugo sonríe, una sonrisa real que no ha practicado frente a ningún espejo.

Sabemos que mañana el mundo seguirá ahí, que habrá abogados y que mi vida de dependienta ha cambiado para siempre. Pero mientras subimos los peldaños hacia mi piso de treinta metros cuadrados, me doy cuenta de que, por primera vez desde que nos conocimos, no somos una noticia. Somos nosotros.

CAPÍTULO 23: CERVEZA TIBIA Y REALIDAD

La puerta del piso se cierra y el sonido de los cerrojos al girar parece poner fin a una guerra. Nos quedamos los tres en el pasillo estrecho: Hugo, con la camisa manchada de sudor y el pelo hecho un desastre; Vero, con los ojos como platos y sujetando todavía el móvil; y yo, intentando procesar que el actor que decora las marquesinas de media España está apoyado en la pared de mi entrada, junto al zapatero de Ikea que cojea.

—Hola, Hugo. Bienvenido a la resistencia —dice Vero, recuperando el habla. Su tono es irónico, pero le tiembla la voz—. Siento decirte que no tenemos catering de lujo, solo una pizza congelada y un par de cervezas que ya no están muy frías.

Hugo suelta una carcajada, una de verdad, de las que le arrugan los ojos.

—Es lo mejor que me han ofrecido en todo el mes, Vero. Gracias.

Caminamos hacia el salón. Hugo se mueve con cuidado, como si tuviera miedo de romper algo, dándose cuenta de lo pequeño que es todo aquí comparado con su ático. Se sienta en el sofá, justo en la parte donde el muelle está suelto, y da un pequeño salto.

—Ese es el sitio malo —le digo, sentándome a su lado mientras Vero va a la cocina—. Bienvenido a la vida real, Hugo.

—Me gusta la vida real, Elena —responde él, cogiéndome la mano. Sus dedos se entrelazan con los míos y siento que, por fin, la electricidad del portal se ha transformado en una calma cálida—. Aunque la vida real tenga a doscientos periodistas gritando en la acera.

Vero vuelve con tres cervezas abiertas. Le tiende una a Hugo y se sienta en el puff de mimbre frente a nosotros.

—Vale, chicos. Momento de crisis —dice Vero, poniéndose en modo "jefa de operaciones"—. El vídeo de Elena es viral. Tu directo, Hugo, ha roto internet. Andrés probablemente esté hablando ahora mismo con el estudio y con los abogados para ver cómo te rescinden el contrato o cómo limpian este desastre. ¿Cuál es el plan?

Hugo da un trago a la cerveza y suspira.

—No hay plan, Vero. Por primera vez en diez años, no hay un plan. Mañana me llamarán para decirme que he incumplido cláusulas de imagen. Me amenazarán con multas millonarias. Dirán que mi carrera está acabada por haberme aliado con "la chica que los desafió".

—¿Te arrepientes? —le pregunto, buscando sus ojos.

Hugo me mira con una intensidad que me hace olvidar que hay una muchedumbre abajo.

—Ni un segundo. He pasado años siendo un producto, Elena. Si el precio de ser yo mismo es perder una película o un par de millones,

es el dinero mejor gastado de mi vida. Pero me preocupa lo que te pase a ti.

—Yo ya he perdido mi trabajo —digo, encogiéndome de hombros con una valentía que no sabía que tenía—. Y mi privacidad ya no existe. Lo único que me queda es mi verdad. Si ellos quieren guerra legal, que la tengan. No tengo dinero para abogados, pero tengo el vídeo más visto del país y la gente no es tonta.

Nos quedamos en silencio, escuchando un grito lejano que viene de la calle. Alguien ha puesto música abajo, una canción de rock que suena distorsionada por la distancia. Es surrealista. Estamos en un refugio sitiado, comiendo pizza de supermercado sobre una mesa que tiene marcas de vasos de otras fiestas.

—Mañana buscaremos un abogado —dice Hugo, firme—. Uno de los de verdad, de los que no trabajan para los estudios. Y daremos una entrevista juntos. Pero no en un plató con luces, ni con un periodista comprado. La daremos aquí, o en un parque, o donde nos dé la gana. Contaremos cómo empezó todo: con un casi atropello y muchos mensajes a las tres de la mañana.

—"La rebelión de los cafés de máquina" —bromea Vero, levantando su cerveza.

Brindamos los tres. El choque de los cristales suena a victoria, aunque sea una victoria pírrica.

Esa noche, Hugo no se va. No puede. La policía ha acordonado la calle y salir sería un suicidio mediático. Vero se va a dormir al cuarto de una vecina que le ha ofrecido asilo, dejándonos el piso para nosotros.

Nos quedamos en el sofá, con la luz de la calle filtrándose por la cortina y el murmullo constante del mundo exterior como ruido blanco. Hugo apoya la cabeza en mi hombro y yo le acaricio el pelo, dándome cuenta de que, por fin, el "nosotros" ha dejado de ser una suposición para convertirse en una certeza escrita con tinta invisible sobre el aire de Malasaña.

CAPÍTULO 24: LA IMAGEN QUE NO ESTABA EN EL GUION

La medianoche nos encuentra sentados en el suelo, apoyados contra el sofá porque el muelle suelto de antes ya nos estaba ganando la batalla. Vero ha desaparecido hace un rato hacia el piso de la vecina, pero antes de irse, se quedó un momento apoyada en el marco de la puerta de la cocina, mirándonos en silencio.

Hugo y yo estamos compartiendo una manta vieja mientras le cuento cómo es un inventario nocturno en la tienda y él me explica lo aburrido que es esperar seis horas en un tráiler de rodaje solo para decir dos frases. Nos reímos en susurros, como si tuviéramos miedo de que, si subimos el volumen, el circo de la calle se diera cuenta de que seguimos aquí.

Mi móvil vibra sobre la alfombra. Es un mensaje de WhatsApp de Vero.

Vero (00:42): "Nena, mira esto. No me mates, pero es que sois lo más real que he visto en mi vida".

Abro el archivo adjunto. Es una foto. Vero la ha tomado desde el pasillo, sin que nos diéramos cuenta, antes de irse.

La imagen es granulada, con poca luz, pero es preciosa. Estamos los dos sentados en el suelo, rodeados de restos de pizza y latas de cerveza. Hugo tiene la cabeza apoyada en mi hombro y yo tengo la mano entrelazada con la suya sobre mis vaqueros. No hay alfombras rojas, no hay vestidos de diseño. Solo dos personas cansadas, refugiadas en un salón que necesita una mano de pintura.

—Mira —le digo, girando la pantalla hacia él.

Hugo se queda mirando la foto un buen rato. Una sonrisa lenta y suave aparece en su rostro, una que no tiene nada que ver con sus fotos promocionales.

—Es la mejor foto que me han hecho nunca —susurra. Se queda pensativo un segundo y luego me mira con una determinación que me da escalofríos—. Elena, pásamela. Ahora mismo.

—¿Para qué? —pregunto, aunque en el fondo ya lo sé.

—Para terminar con esto. Para que dejen de especular sobre si estamos negociando una exclusiva o si me estoy escondiendo.

Me pasa su móvil. Está apagado, pero lo enciende. En cuanto la pantalla cobra vida, las notificaciones empiezan a caer como una cascada interminable: trescientas llamadas perdidas, mil mensajes, alertas de noticias. Hugo ignora todo. Entra en su perfil de Instagram, ese que siguen millones de personas y que hasta ayer gestionaba un equipo de tres personas en una oficina de la calle Alcalá.

Sube la foto de Vero. Sin filtros. Sin etiquetas de marcas.

—¿Qué vas a poner de pie de foto? —le pregunto, conteniendo el aliento.

Hugo teclea rápido, con los ojos brillando bajo la luz del móvil. Se queda un segundo mirando el cursor parpadear, buscando las palabras que resuman lo que hemos vivido en estos días de intensidad absoluta.

—¿Qué vas a poner? —le pregunto, apoyando mi barbilla en su hombro.

—La verdad —responde él.

Veo cómo sus dedos escriben una frase que me corta la respiración:

@HugoValente: *"A veces, para encontrarte, tienes que perderte en el portal equivocado. Ni contratos, ni mentiras, ni silencios comprados. Solo ella. Mi lugar favorito en el mundo es este salón de treinta metros cuadrados".*

Le da a "Compartir".

—Ya está —dice, dejando el móvil boca abajo en el suelo—. Mañana el mundo seguirá loco, pero esta noche, por fin, soy dueño de mi propia historia. Y de lo que siento por ti.

Nos quedamos un momento asimilando lo que acaba de pasar. Sé que esa foto va a estar en todos los desayunos de España mañana por la mañana. Sé que Andrés estará ahora mismo viendo cómo su "marca" se humaniza de una forma que él no puede controlar. Pero cuando Hugo me rodea con el brazo y me acerca a él, nada de eso importa.

—¿Sabes que después de esto no hay vuelta atrás? —le susurro.

—Eso espero —responde él, buscando mis labios en la penumbra del cuarto—. Porque no pienso volver a ningún sitio donde no estés

tú.

Esa noche, Hugo duerme en mi cama estrecha, bajo el edredón de flores que compré en las rebajas. El actor más deseado del país duerme en un cuarto que huele a vainilla y a vida normal, mientras abajo, en la calle, la prensa espera una noticia que nosotros ya hemos dado: que el amor, cuando es de verdad, no entiende de cláusulas de rescisión.

CAPÍTULO 25: DESCALZOS SOBRE EL ASFALTO

Me despierto antes que él. La luz de la mañana en Malasaña es terca; se filtra por las rendijas de la persiana vieja y dibuja líneas de polvo dorado sobre el edredón. Durante unos segundos, me quedo paralizada, con el corazón latiendo a un ritmo pausado pero pesado. Hugo está a mi lado. Su brazo descansa sobre mi cintura y su respiración es profunda, constante.

Es surrealista ver su rostro, el mismo que he visto en carteles de tres metros de altura, hundido en mi almohada de diez euros. Sin las luces de los estrenos, sin la tensión en la mandíbula que le impone Andrés, parece simplemente un hombre. Mi hombre.

Me muevo con cuidado para no despertarlo y voy hacia la cocina. El suelo de madera cruje bajo mis pies descalzos. Me asomo a la ventana con precaución, apartando apenas un centímetro la cortina. El corazón se me vuelca: la calle sigue colapsada. Hay gente sentada en los bordillos, cámaras montadas sobre trípodes y un par de furgones de la policía nacional en las esquinas. La foto de anoche ha convertido mi portal en el epicentro del país.

Pongo la cafetera italiana en el fuego. El borboteo del café es el único sonido en el piso hasta que escucho pasos tras de mí.

Me giro y me quedo sin aliento. Hugo acaba de entrar en la cocina, todavía despeinado y con los vaqueros de anoche desabrochados por la cintura. No lleva camiseta. La luz de la mañana rebota en sus pectorales, marcando cada músculo y la línea de sus abdominales con una nitidez que me hace olvidar por un segundo que hay doscientos periodistas abajo. Es la imagen que cualquier revista pagaría millones por tener, pero está aquí, en mi cocina, rascándose la nuca mientras el olor a café inunda la estancia.

Se acerca a mí y me rodea la cintura con sus brazos desnudos. El contacto de su piel contra la mía me da un escalofrío.

—Buenos días —murmura contra mi oído, su voz todavía ronca por el sueño.

—Huele a café y a "tenemos un problema ahí abajo" —respondo, señalando con la cabeza hacia la ventana, aunque me cuesta concentrarme con él tan cerca.

Él suspira y me gira para que lo mire. Sus ojos están clavados en los míos, ignorando el caos exterior.

—Elena, antes de que abramos esa puerta... —se detiene, buscando las palabras—. Quiero que sepas que esto no es solo un arrebató. Sé que te he metido en un lío monumental. Sé que hoy no tienes trabajo y que mañana te seguirá un coche hasta para comprar el pan. Pero no voy a soltarte la mano. Si nos quemamos, nos quemamos juntos.

—Ya nos hemos quemado, Hugo —le digo, apoyando mis manos en su pecho desnudo, sintiendo el latido firme de su corazón—. Ahora solo estamos decidiendo qué hacer con las cenizas.

Desayunamos en silencio, sentados en la mesa pequeña de la cocina. Él sigue así, a pecho descubierto, bebiendo café en una taza desportillada mientras fuera el mundo grita su nombre. Es el contraste más brutal que he vivido nunca: el "chico de oro" de España siendo simplemente un chico en mi cocina.

Después del café, decido que no voy a salir de cualquier manera. Entro en el baño y me arreglo con cuidado. Me pongo mis vaqueros favoritos, pero elijo una blusa de seda color malva que me sienta especialmente bien y unos botines de piel. Me maquillo de forma natural, resaltando mis ojos; quiero que vean a una mujer segura, no a una niña asustada. Me miro al espejo: estoy mona, estoy lista.

A las diez, suena el timbre. Hugo se ha puesto ya su camisa de anoche y la chaqueta de cuero. Abrimos y es Vero. Viene con ojeras pero con una sonrisa de oreja a oreja tras haber pasado la noche en el sofá de la vecina.

—¡Buenos días, parejita del año! —exclama entrando con una bolsa de cruasanes—. ¿Cómo ha ido la noche? ¿Cuál es el plan ahora? ¿Llamamos a un comando de extracción o qué?

Hugo sonrío y saca su móvil, que no ha dejado de vibrar.

—El plan ha cambiado, Vero. He recibido una llamada de la agencia. Beatriz, la dueña, quiere vernos a los dos ahora mismo.

Vero se queda seria un segundo y luego me mira a mí.

—Pues id a por todas. Elena, estás espectacular. Que vean lo que se han perdido por intentar tratarte como a un secreto.

Al abrir la puerta del portal, el mundo estalla en flashes. Hugo me mantiene pegada a su costado, protegiéndome mientras avanzamos

hacia el coche.

CAPÍTULO 26: LA CAPITULACIÓN

El coche se detiene frente al edificio de cristal del Barrio de Salamanca. Hugo apaga el motor, pero no sale de inmediato. Se queda mirando el volante, con los nudillos blancos.

—Si notas que el ambiente se pone feo, nos largamos. No les debemos ni un minuto —me dice.

Yo me aliso la blusa de seda. El tejido es suave, pero mis nervios están afilados. —Estoy lista, Hugo. Vamos a terminar con esto.

Entramos en la agencia y el silencio es sepulcral. Las recepcionistas, que antes ni me miraban, ahora me observan con una curiosidad casi reverencial. Subimos al despacho de Beatriz. Al entrar, el aire está cargado de tensión. Ella está allí, de pie junto al ventanal, pero lo primero que veo no es a ella, sino a Andrés.

Está en un rincón, con un maletín en la mano y una expresión de furia contenida.

—¿Qué hace él aquí? —pregunta Hugo, plantándose en mitad del despacho.

—Andrés está recogiendo sus cosas —dice Beatriz, dándose la vuelta. Su voz es seca, profesional—. Lo que pasó ayer fue una línea

roja. Sus métodos han quedado obsoletos y nos han puesto en un aprieto legal que no pienso asumir. Está fuera de esta agencia.

Andrés abre la boca para replicar, pero Beatriz lo corta con una mirada gélida. Él sale del despacho sin mirarnos, pero al pasar por mi lado, su olor a colonia cara y resentimiento me hace estremecer. Cuando la puerta se cierra, Beatriz suspira y se sienta tras su mesa de cristal.

—No os voy a mentir. Esto es un desastre de los grandes—dice, señalando una pantalla donde se ve nuestro vídeo viral—. Algunos medios dicen que vais a durar lo que tarden en apagarse los ecos de esta polémica. Dicen que esto es un capricho de Hugo y que tú, Elena, solo eres una cara bonita que pasaba por allí.

Hugo aprieta los puños, pero Beatriz levanta una mano para calmarlo y gira su monitor hacia nosotros.

—Sin embargo, me gusta investigar a fondo a la gente que acaba en mi despacho. He estado revisando tus redes sociales, Elena. Tus perfiles secundarios.

En la pantalla aparecen mis dibujos. Esos figurines y bocetos de moda que he ido subiendo a Instagram durante años, casi sin etiquetas, solo porque necesitaba sacarlos de mi cabeza. Trazos limpios, diseños vanguardistas de abrigos y vestidos que imaginaba mientras doblaba ropa de otros en la tienda.

—Tienes talento —dice Beatriz, y viniendo de ella, suena a sentencia—. Tienes un ojo para el diseño que mucha gente paga por tener. Andrés te veía como un problema que había que comprar; yo veo a alguien que sabe de lo que habla cuando se trata de moda.

Miro a Hugo, que me observa con una sonrisa de orgullo absoluto. Él ya sabía que yo dibujaba, pero ver mis figurines ahí, en la pantalla de una de las agencias más poderosas del país, me hace sentir una punzada de vértigo.

—No va a haber demandas —continúa Beatriz—. Al contrario. Si de verdad quieres dedicarte a esto, mi agencia puede ponerte en contacto con los fabricantes adecuados. España os adora ahora mismo porque sois reales. Aprovechadlo antes de que el ruido se apague.

Salimos de la agencia y el sol de Madrid nos golpea con fuerza. Ya no soy la chica anónima de Malasaña, ni la "desconocida" del portal. Soy Elena, y por fin, el mundo sabe que tengo nombre, que tengo una voz y que esos dibujos que hacía en mis ratos libres pueden ser mi futuro.

Hugo me coge de la mano mientras caminamos hacia el coche. —¿Te lo dije o no? —susurra—. Eres mucho más que un titular, Elena.

Me besa allí mismo, bajo el sol del mediodía. Mañana los periódicos dirán lo que quieran, pero nosotros ya hemos escrito nuestro propio final. O mejor dicho, nuestro nuevo principio.

EPÍLOGO: EL GUION QUE ESCRIBIMOS NOSOTROS

Un año después.

El rugido de la Gran Vía es ensordecedor, pero esta noche el aire tiene un aroma diferente. Las vallas de seguridad contienen a una multitud que corea su nombre, y las luces de los focos barren el cielo de Madrid anunciando la gala de los Premios Goya.

Dentro del coche oficial, el silencio es absoluto. Hugo me aprieta la mano y noto que sus dedos están ligeramente inquietos. Está nominado a Mejor Actor Protagonista por su última película, la primera que rodó tras mandar a la mierda su antiguo contrato, y sé que para él, el premio ya está sentado a su lado.

—¿Estás bien? —me pregunta, mirándome con una devoción que no ha cambiado desde aquella noche en el portal.

—Perfecta —respondo, y lo digo de corazón.

Llevo un vestido de seda en un tono verde bosque profundo, con una caída impecable que acaricia mi silueta. Lo he diseñado yo misma. Mi firma, Elena Valente, ya no es solo un sueño en una red social; es una marca que está triunfando y que la crítica ha bautizado como la gran revelación del diseño nacional. Esta noche,

no solo acompaño al nominado; visto a varias actrices que caminan por esta misma alfombra.

Hugo baja del coche primero. El estallido de gritos y flashes es total. Al salir yo, el frío de Madrid me golpea la cara, pero no tiemblo.

Caminamos por la alfombra roja de los Goya. Los fotógrafos se vuelven locos. "¡Hugo, Elena, una mirada!", gritan desde todos los ángulos. Ya no somos la noticia escandalosa que los medios decían que duraría "dos telediarios"; somos la pareja que demostró que el amor podía sobrevivir a la industria.

A mitad del recorrido, justo frente al muro de prensa principal, Hugo se detiene. No lo hace para posar de forma rígida. Se coloca detrás de mí, rodeándome con sus brazos, y posa sus manos con una ternura infinita sobre mi vientre, que ya se curva con seis meses de embarazo.

Es un gesto espontáneo, íntimo a pesar de las miles de cámaras. Yo apoyo mi cabeza en su hombro y sonrío, sintiendo una patada suave bajo su palma. En ese momento, los flashes que antes me asustaban ahora solo son luces de fondo.

—Te quiero —me susurra al oído, tan bajo que solo yo puedo oírlo por encima del estruendo de los periodistas.

—Y yo a ti —respondo.

Pasamos de largo frente a la zona de invitados donde veo a Beatriz, que nos saluda con un gesto de respeto. También veo a Vero entre el público, saltando y saludando con la mano, orgullosa de ver hasta dónde hemos llegado desde aquel piso de treinta metros en Malasaña.

Al entrar en el auditorio, antes de que se apaguen las luces para empezar la gala, me doy cuenta de que la vida no es una película con un final cerrado. La vida es el camino que eliges cuando dejas de seguir el guion que otros han escrito para ti.

Hugo me besa la mano antes de que el presentador suba al escenario. Pase lo que pase cuando abran el sobre de Mejor Actor, sé que ya hemos ganado. Porque hace un año, decidimos que preferíamos caminar descalzos y de verdad, que volar con zapatos de cristal sobre una mentira.

FIN.

AGRADECIMIENTOS

Escribir esta historia ha sido como caminar por la Gran Vía en plena hora punta: caótico, emocionante y, a veces, abrumador. Pero, al igual que Elena y Hugo, no he hecho este viaje en solitario.

En primer lugar, gracias a Madrid, y especialmente al barrio de Malasaña. Sus calles, sus portales viejos y sus cafés de máquina, fueron la inspiración necesaria para entender que la magia no está en las alfombras rojas, sino en lo cotidiano.

A Joana, mi mujer. Gracias por ser mi refugio y mi apoyo incondicional en cada página Sin tu aliento constante y esa fe ciega que tienes en mí, esta historia seguiría siendo un boceto en mi mente. Gracias por animarme a retomar la pluma y por recordarme que nunca es tarde para volver a escribir nuestro propio destino.

A Sylvia, mi pequeño arcoíris. Eres la luz que ilumina mis días y la razón por la que cada mañana decido perseguir mis sueños. Gracias, hija mía, por darme la fuerza necesaria para crear mundos y por llenar mi vida de colores, incluso en los días grises.

A Vero, por recordarnos a todos que siempre necesitamos una amiga que nos diga las verdades a la cara, que nos traiga cruasanes en las

crisis y que sepa cuándo es el momento de grabar y cuándo el de apagar el móvil.

A todas las Elenas que están doblando ropa en una tienda mientras sueñan con figurines y bocetos en sus redes sociales. Este libro es para vosotras: vuestro talento es real y vuestra voz importa.

Y por último los lectores que creen en los romances que no son perfectos, en los que hay sudor, miedos, portales estrechos y tazas de café desportilladas. Gracias por acompañar a Hugo y Elena desde aquel casi atropello hasta esa alfombra roja final.

Nos vemos en la próxima historia.
